
El REINO de las TINIEBLAS
por GEORGE H. WHITE
Colección LUCHADORES DEL ESPACIO
JOSE

PERSONAJES

Fidel Aznar.- Joven caudillo e intrépido aventurero sobre quien pesa la responsabilidad de colonizar un nuevo mundo.
Profesor Castillo.- Sabio español de la colonia.
Profesor Ferrer.- Hombre de ciencia, especialista en electrónica.
Woona.- Joven amazona, indígena de Nueva España.
Verónica Balmer.- Joven española, vieja amiga de Fidel Aznar.
Ricardo Balmer.- Hermano de la anterior, amigo íntimo de Fidel.
Capitán Hernández.- Oficia! de las fuerzas de policía de la colonia.
Doctor Gradan.- Médico.
Tinné-Anoyá.- Princesa del pueblo de Saar.
Shima.- Ministro de Justicia de Tinné-Anoyá.

CAPITULO I

LOS DIOSES PIDEN SANGRE

Tinné-Anoyá se descalzó al salir a la terraza y dejó entre las manos de una de sus esclavas favoritas la rica capa de seda carmesí. El esbelto cuerpo de la princesa estremecióse bajo los alfilerazos de una fresca brisa que moldeó bajo la sutil túnica de gasa sus mórbidos relieves. Los pequeños pies de Tinné-Anoyá pisaron las heladas losas de mármol, húmedas de rocío, mientras tres de sus esclavas se le adelantaron para extender sobre el suelo una alfombrilla y depositar un pebetero y un cofrecillo conteniendo varillas de madera odorífera.

El jardín despertaba al nuevo día llenando la atmósfera de efluvios enervantes. Los pájaros atronaban el aire con sus desaforados trinos, rebullendo inquietos y alegres entre las copas de los árboles. Algunos más osados o familiarizados con las mujeres de la terraza, vinieron a posarse sobre la balaustrada saludando a Tinné-Anoyá con gorjeos y saltitos.

Pero Tinné-Anoyá no les prestó la atención esta mañana. Tomok, el dios de las tinieblas, había hablado aquella noche pidiendo sangre, y el joven corazón de la princesa estremecíase de angustia mientras los tambores alargaban sus vibrantes latidos sobre selvas y montañas, transmitiéndose el mensaje de ciudad en ciudad y de aldea en aldea, difundiendo la noticia hasta los rincones más remotos del reino de Saar.

Los tambores de Umbita, la capital del reino, habían enmudecido al amanecer, después de percutir varias horas. Su eco estaría llegando en estos momentos hasta alguna lejana tribu después de volar en alas del viento centenares de leguas. Volverían a sonar dentro de unas horas, llamando a los umbitanos a la reunión ante el pedestal de Tomok. Allí se llevarían a cabo el sorteo de las víctimas, siguiendo a continuación las grandes fiestas de despedida en honor a los elegidos. La fiesta se prolongaría hasta que desfilara por el río Tenebroso la última procesión acuática de las víctimas que, llenando canoas y almadías, entonando los cantos tradicionales, descendería lentamente agua abajo para desaparecer en la Gruta de las Tinieblas.

Como cada mañana, desde que tenía uso de razón. Tinné-Anoyá cruzó la marmórea terraza con los pies desnudos y fue a hincarse de rodillas sobre la alfombra.

Sentándose sobre los talones, la princesa tomó un puñado de varillas odoríferas de la arqueta y las echó sobre los tizones del pebetero, haciendo a continuación una profunda reverencia en dirección a la colina que dominaba Umbita. El sol, rompiendo los tenues celajes de la bruma matutina, lanzó sus dorados dardos sobre la

terraza, arrancando brillantes reflejos de la rubia cabellera de Tinné-Anoyá. Desde la colina sagrada el dios Tomok pareció saludar a la princesa dejando escapar un rayo de sol que acababa de reflejarse en su cabeza esférica.

Por siete veces consecutivas tocó la frente de Tinné-Anoyá las losas de la terraza, murmurando las invocaciones aprendidas en su infancia. En la séptima y última vez, al levantar los ojos, las glaucas pupilas de la princesa se abrieron de asombro. Un extraño objeto flotaba en el aire, creciendo de tamaño según se aproximaba a gran velocidad, en mitad de un silencio impresionante. Aquel objeto se detuvo de pronto, quedando suspendido un momento sobre la colosal efigie de Tomok, tan bajo que parecía tocar la cabeza del dios. El amarillo sol naciente chisporroteó sobre las brillantes superficies de aquella especie de huso gigantesco, hiriendo las atónitas pupilas de Tinné-Anoyá. Esta sintió recorrerle la espina dorsal un escalofrío de terror, idéntico o mayor del que solía experimentar en las contadas ocasiones que Tomok se dignaba dirigir la palabra al pueblo. El dios de las Tinieblas, al fin y al cabo, era en cierto modo un personaje familiar, omnipotente y omnipresente en la vida de los miserables mortales. La efigie de Tomok, erigida sobre la loma que dominaba Umbita, podía verse a todas horas y desde cualquier sitio de la capital. Sus exigencias y sus cóleras eran más o menos conocidas, ¿pero quién había visto jamás esta "cosa" brillante y enorme que se movía silenciosamente en el aire, sin alas, sin plumas y sin forma conocida?

El fantástico objeto sólo permaneció unos breves momentos sobre la efigie. De pronto se puso en movimiento apuntando con uno de sus extremos a palacio y descendiendo más y más, hasta el punto de parecer que iba a chocar con las azoteas de las casas. Tinné-Anoyá, paralizada de terror, percibió ahora un sordo zumbido que hacía vibrar el aire. Sus esclavas fueron las primeras en reaccionar, lanzando un grito de terror y echando a correr. La princesa vio venir sobre su cabeza el fantástico objeto y se puso a su vez en fuga, entrando a la carrera en sus habitaciones.

El pavoroso artefacto pasó rozando los tejados de palacio, envuelto en un zumbido sordo y prolongado. Creyó Tinné-Anoyá que el sólido edificio iba a derrumbarse y cerró los ojos, pero no ocurrió nada. De la anchurosa plaza que se abría ante el palacio real llegó un griterío ensordecedor y el rumor de muchos pies moviéndose con rapidez sobre las losas de mármol. Tinné-Anoyá abrió los ojos y corrió hacia una de las ventanas.

Lo que vio le paralizó la sangre en las venas. El enorme huso amarillo habíase inmovilizado sobre la plaza y descendía hacia ésta con la suavidad de una pluma. El intruso había hecho su aparición en la hora que todas las azoteas y las plazas de Umbita se llenaban de

hombres, de mujeres y de niños, para hacer sus siete reverencias tradicionales al terrible dios de las Tinieblas. La enorme Plaza Real estaba atestada de hombres y mujeres que al ver descender sobre sus cabezas aquel gran huso amarillo se dieron a la fuga profiriendo alaridos de terror.

La "cosa" sobrenatural se inmovilizó sobre la explanada, flotando en el aire con una ligereza asombrosa para su tamaño y recio aspecto, y luego descendió suavemente posándose sobre los centenares de sandalias, abandonados sobre las losas de mármol por los adoradores de Tomok en su precipitada huida.

Por las siete calles que desembocaban en la Plaza Real desaparecían los umbitanos más rezagados, empujándose, cayendo y levantándose para reanudar su frenética carrera. Escuchábase el seco golpear de puertas y ventanas cerradas apresuradamente. El fantástico objeto había dejado de proferir aquel enervante zumbido que hacía vibrar el aire y, en cuanto se apagaron en la distancia los gritos y el rumor de pisadas de los empavorecidos umbitanos, todo quedó en el más denso y opresor de los silencios.

Transcurrieron unos minutos sin que ocurriera nada. Desde las ventanas de palacio, emboscada tras las cortinas, Tinné-Anoyá templaba su excitado ánimo preparándose para presenciar algo sobrenatural. Y el hecho ocurrió al fin. Un pedazo del costado de aquel fantástico huso se desprendió hacia afuera formando una especie de rampa y el hueco cuadrado de una puerta. Por esta puerta asomó una grotesca figura, cuyo aspecto hizo castañear los dientes de Tinné-Anoyá. Se trataba de un monstruo no muy alto, pero ancho y recio, con robustas piernas y brazos y una esfera grande por cabeza. En la parte anterior de la cabezota, en el lugar donde los seres mortales tenían la cara, este espantable individuo sólo tenía una placa tersa y brillante de color azulado, que centelleó al ser herida por los rayos del sol.

Aunque los brazos de este horrible ser no estaban rematados por pinzas como la gigantesca efigie de Tomok, la princesa Tinné-Anoyá no dudó un solo instante acerca de la identidad del sujeto. Su sobrenatural aparición y su cabeza esférica bastaban para identificarle como uno de los espíritus del dios de las Tinieblas.

Gimió la princesa de terror, blanca como su ligera túnica, arrugando con sus dedos engaritados la cortina a la que se asía para no caer desmayada. Y entre tanto, el maléfico espíritu de Tomok descendía pausadamente la escalerilla, pisaba las losas de mármol que pavimentaban la Plaza Real y echaba a andar con cierta pesadez hacia la regia escalinata flanqueada de columnas que daba acceso a palacio.

Al pie de la escalera, el horrible ser se detuvo y habló con voz poderosa, que atronó los desiertos ámbitos de la explanada,

despertando sonoros ecos en la distancia.

- ¡Ah de palacio!!En el nombre de Dios, abrid a la embajada del Mundo que viene en son de paz a saludar a vuestro rey!

Era la misma voz metálica y resonante con que Tomok hablaba a los sacerdotes pidiendo víctimas. Aunque no hubiera mencionado a su dios ni a su mundo. Tinné-Anoyá le hubiera identificado en seguida como uno de los espíritus que habitaban en el reino de las Tinieblas, sólo por su voz atronadora.

Tembló el esbelto cuerpo de la princesa como una hoja de árbol y abandonando la ventana, apoyándose en los muebles para no caer, con los ojos desorbitados de terror, gritó a sus paralizadas esclavas:

- ¡Pronto..., corred a abrir las puertas... el espíritu de Tomok ha descendido del cielo y quiere hablarme!

Cuatro esclavas se precipitaron a la vez hacia la puerta. La petición del poderoso ser bajado de las nubes debía haber sido oída en todo el palacio, pues escuchábase un coro de voces destempladas, rumor de pies, carreras y golpear de puertas. Tinné-Anoyá volvió sus espantados ojos hacia la plaza. Vio cómo brotaban de aquel fantástico huso, uno tras otro, hasta seis espíritus más, todos con el aspecto horrible del primero, llevando entre sus garras unos objetos misteriosos que acababan en una especie de caña.

Hizo la princesa un enérgico llamamiento a toda su voluntad. Ni en su vida, ni en la de sus padres ni en la de sus abuelos habían aparecido por el reino de Saar los maléficos espíritus de Tomok. Las inscripciones cuneiformes de las escrituras Saar hablaban de estos seres que habitaban en el seno de la tierra, reproduciendo su aspecto con la tosquedad propia de los antiguos artífices, en los frisos y bajorrelieves de todos los viejos edificios oficiales de Umbita.

Lamentaba Tinné que los espíritus de Tomok hubieran venido a Umbita durante su reinado. Su presencia, temida a lo largo de los siglos, era interpretada como augurio de grandes males, y si ahora no había caído muerta de pánico se debía al anuncio de paz que el espíritu de Tomok acababa de hacer. El espíritu venía en son de paz, tal vez a concertar un nuevo tratado con la reina.

Temiendo que una espera, por breve que fuera, irritara la susceptible cólera de aquellos seres todopoderosos, Tinné-Anoyá ni siquiera se entretuvo en engalanarse. Echándose sobre los hombros la capa carmesí y haciendo acopio de valor, salió precipitadamente de sus regias habitaciones seguida por sus esclavas. Por los pasillos y escaleras del vetusto edificio se tropezó con algunos de sus ministros, jefes militares y cortesanos que habitaban en palacio. Todos habían visto descender del cielo el fantástico huso y escuchado desde sus habitaciones, cerradas *y* atrancadas apresuradamente, los desaforados gritos del espíritu de Tomok pidiendo ver a la reina (nadie cayó en la

cuenta de que, en realidad, aquel ser solicitó ver al rey).

Cuando Tinné-Anoyá entró con paso rápido en el salón del trono iba en pos de los vuelos de su capa todo un pequeño ejército de esclavos, ministros, jefes de armas y nobles, en cuyas caras pálidas y ojos desorbitados se leía el temor. Tinné-Anoyá se encaminó hacia su silla de honor, pero permaneció de pie. A derecha e izquierda se ordenaron los ministros, los cortesanos y capitanes menores, alineáronse junto a las paredes, todos silenciosos y mirando hacia la puerta de entrada.

Sonaron las trompetas, se abrieron las puertas de par en par, y con sus movimientos torpes y pesados entraron los siete monstruos de cabeza esférica haciendo resonar sus recios pasos sobre las losas de mármol. Como un solo hombre, todos cuantos estaban en el salón se echaron al suelo tocando el piso con las frentes y haciendo reverencias mientras gritaban:

- ¡Loado sea el poderoso Tomok!... ¡Loado sea el poderoso Tomok!

Los recién llegados se detuvieron en mitad de la sala. Después de hacer las siete reverencias ordenadas por el culto, la corte de Umbita permaneció rostro al suelo, esperando que los espíritus decidieran lo que debía hacerse a continuación.

- ¿Qué significa esto? -exclamó una voz que parecía salir del espíritu que iba delante-. Alzaos, por favor...

- Los postrados irguieron sus cuerpos. Rehuían mirar de frente a los horribles seres de cabeza redonda, temiendo ofenderles con el peso de sus ojos. Vistos de cerca, los seres sobrenaturales tenían un aspecto más temible aún que de lejos. Sus cuerpos eran de un azulado muy sutil, bruñidos como una coraza. Tenían las piernas y los brazos muy robustos, pero lo más horrible de todo eran sus grandes cabezotas, sin pelos, sin ojos, sin boca, ni nariz, ni oídos...

Temblando sobre sus rodillas, Tinné-Anoyá se puso en pie interpretando la voluntad del sobrenatural hombre que parecía capitanear el grupo. Carraspeó en su intento de aclarar la voz antes de dar la salutación y bienvenida al espíritu de Tomok, pero algo inesperado ocurrió. El ser sobrenatural se llevó ambas manos a la cabeza y la hizo girar casi imperceptiblemente hacia la izquierda. Luego... ¡horror!, el espíritu de Tomok dio un tirón hacia arriba y ¡se arrancó la cabeza!

Las verdes pupilas de Tinné-Anoyá se agrandaron de asombro. El ser sobrenatural, al arrancarse su cabeza esférica y enorme... dejaba ver otra cabeza... ¡una cabeza humana, de, cabellos negros y hermosa faz morena que le sonreía mostrando una doble hilera de blancos dientes!

Un grito de estupefacción resonó en la sala. Al mismo tiempo, los Otros seis monstruos tiraban á su vez de sus cabezas y dejaban ver

unos rostros humanos. El primero en arrancarse la cabeza se la ponía debajo del brazo y decía, sin dejar de sonreír:

- ¿Por quién nos habéis tomado? ¿No veis que somos hombres como vosotros? Nos pusimos estas corazas solamente por si al llegar aquí nos saludabais con una lluvia de flechas.

- ¡¡Magia!! ¡¡Magia!!... - murmuraron los presentes mirando a los recién llegados con ojos agrandados por el pasmo.

Tinné-Anoyá se humedeció los labios con la puntita de la lengua.

- ¿No sois... espíritus de Tomok? -preguntó con un hilo de voz.

- ¡Qué espíritus ni qué diablos! -rió el hombre encerrado en aquel caparazón grotesco-. Somos de carne y hueso, ni más ni menos que como vosotros. Me llamo Fidel Aznar, y estos compañeros son el profesor Castillo, el profesor Ferrer, el capitán Fernández, mi compadre Ricardo Balmer, el doctor Gracián y Woona. Woona es una mujer, coterránea vuestra.

Mientras el joven hablaba, señalando a cada uno de los que iba nombrando, el cerebro de Tinné-Anoyá trabajaba febrilmente tratando de entender lo que significaba esto. Los seres que tenía delante eran, sin género de duda, hombres humanos. Aceptaba que sus cuerpos, idénticos al suyo propio, estuvieran enfundados en corazas de una forma y especie desconocidos en Saar... pero habían bajado directamente del cielo, metidos en una "cosa" que flotaba en el aire sin alas ni plumas. Su condición de seres extraordinarios era indiscutible.

- Si no sois espíritus de Tomok... ¿quiénes sois? -preguntó Tinné en un soplo de voz-. ¿De dónde venís?

- Bien, es un poco largo de contar. Pero dime, ¿eres tú la reina de este territorio?

- Soy Tinné-Anoyá, Princesa de Saar. Una princesa de Saar sólo puede tomar el título de reina después de tomar esposo -dijo Tinné-Anoyá-: ¿Tú eres rey de tu país?

Sonrió el extranjero. Tenía una sonrisa abierta que de pronto parecía iluminar su rostro, de natural serio, y hacerle parecer un niño.

- No -contestó-. No hay reyes en mi país. Ese título existió antiguamente, pero cayó en desuso. Actualmente mi nación está organizada en república. ¿Sabes lo que es una república? El pueblo elige libremente la forma de gobierno y al hombre que le preside.

- ¿Cómo se llama vuestra república?

- Todavía no tiene nombre oficial. Actualmente estamos situados en una gran isla que hemos llamado Nueva España. Es una isla situada al oriente, por donde nace el sol. Los nativos la llaman País de Amintu.

Tinné-Anoyá respingó ligeramente. Había oído hablar alguna vez del País de Amintu. Era una isla sin importancia de la mar océana, poblada por tribus ignorantes y semisalvajes. Las naves de Saar iban alguna vez al País de Amintu para capturar esclavos, que luego los

mercaderes vendían en Umbita y otras ciudades del continente a muy buen precio. Tinné-Anoyá había tenido alguna vez esclavas del País de Amintu, y le constaba muy bien que eran mujeres sumamente brutales, sucias y atrasadas, gente desagradable en fin, muy distinta del extranjero que ahora le hablaba.

- Es extraño lo que dices, extranjero -dijo Tinné-Anoyá, sintiendo a la vez temor y enfado-. Nunca he viajado al País de Amintu, si bien sé por referencias que es una isla salvaje e inhóspita. Nuestras naves han llegado algunas veces hasta esa isla en busca de esclavos. El país; nos es conocido. ¡Pero nunca oírnos hablar de que hubiera allí ninguna república con ese extraño nombre que acabas de pronunciar!

- Es natural, sólo llevamos ciento cincuenta días establecidos en la isla -contestó el extranjero.

- Y antes, ¿dónde vivíais?

El extranjero se volvió hacia uno de sus compañeros de edad madura y le habló en una lengua totalmente desconocida. Lo que Fidel Aznar decía al profesor Castillo era:

- Ya llegó aquello. ¿Cómo les explico yo a estas gentes que procedemos de otro mundo?

- Es cosa tuya. Tú hablas mejor que nadie su lengua. Díselo lo más sencillamente que puedas -dijo el profesor en castellano.

Fidel Aznar se dirigió de nuevo a la princesa en la lengua del país:

- Esto es un poco difícil de explicar, Princesa. Tú nos has visto llegar en una nave que surca el cielo velozmente.

- Sí.

- No puedes dudar de eso, puesto que lo has visto. Pues bien, créeme. Tenemos otra nave mucho mayor, en cuyo interior cabrían mi! naves como ésta. Esa nave, mayor y más poderosa, puede volar también por el espacio, allí donde brillan las estrellas. ¿Sabes qué es una estrella?

- Por supuesto. Son esos puntos de luz que brillan en la noche. Nuestros astrólogos aseguran que son como soles muy lejanos, pero no se sabe mucho acerca de esto.

- Son soles, Princesa, grandes estrellas como el Sol, pero que la distancia hace aparecer muy pequeños. Muchos de esos soles tienen a su alrededor mundos como éste en que vivimos. Pues bien, muy lejos en el firmamento, uno de esos soles tiene varios planetas, y uno de ellos se llama Tierra. Nosotros procedemos de aquel lejano planeta. ¿Me crees?

Tinné-Anoyá buscó con la mirada a Tarho, el astrólogo real. Pero Tarho se limitó a levantar los hombros, como expresando su incapacidad para juzgar las palabras del extranjero.

- ¿Cómo es vuestro mundo? -preguntó la Princesa.

- Es un mundo idéntico a éste -contestó Fidel-. Allí el cielo es

también azul, los mares grandes extensiones del planeta y en los continentes hay montañas y valles, ríos y bosques. La vida evolucionó en la Tierra de forma semejante a la de vuestro mundo, con la diferencia de que nuestra civilización es miles de años más antigua, por lo que ha alcanzado también un más alto nivel de desarrollo.

Tinné-Anoyá se mordió el gordezuelo labio inferior mientras su pensamiento se debatía en grandes dudas. Finalmente se atrevió a preguntar:

- ¿Cuál es la razón que les movió a venir a Saar desde tan lejos? ¿Qué buscáis aquí?

Fidel Aznar temía esta pregunta y no estaba muy seguro de saber contestarla, a la vez diplomáticamente y sin faltar a la verdad. De cualquier forma que tratara de disfrazar esta verdad, la realidad era que estaban allí como invasores.

- Seré sincero, Princesa -dijo midiendo cada una de sus palabras-. Nuestra civilización ya no existe. Nuestro mundo sigue estando allí, entre las estrellas del cielo. Pero ya no nos pertenece. Criaturas procedentes de otra lejanía estrella llegaron en tiempos remotos al Reino del Sol. No eran humanos. Ni en su aspecto, ni en su pensamiento, ni en su forma de conducirse eran como nosotros. Les llamábamos la Bestia Gris, y también los Hombres Grises por el color de su piel. Llegaron en secreto, a escondidas, y fueron a refugiarse en un mundo inexplorado llamado Venus. Pero fueron descubiertos a tiempo y expulsados de allí, confinándoles en otro mundo inhóspito llamado Marte. Pero los Hombres Grises eran unas criaturas ingeniosas, poseían una gran cultura y estaban animadas de una tenacidad más allá de lo humano. Su gran obsesión era la conquista de los mundos terrícolas. Nos despreciaban, considerándonos seres inferiores, y aspiraban a imponernos su hegemonía. En verdad los pueblos terrícolas estábamos comportándonos como locos. En la Tierra, al contrario que en este mundo, la humanidad estaba dividida en razas de distinto color. Había hombres blancos, amarillos y negros principalmente, y cada raza estaba a su vez subdividida en naciones que hablaban distinto idioma y profesaban distintas ideologías. Desde los primeros tiempos la raza blanca se había distinguido como dominadora de las demás. Había esclavizado y explotado a otras razas, ganándose su odio, estimulando en los pueblos más débiles un irreprimible deseo de revancha. Con el tiempo se fueron nivelando las diferencias entre todas las razas, pero sólo en el plano económico. Por el contrario, cada grupo étnico se rodeaba de fronteras cada vez más insalvables. La Tierra vivía en constante guerra, y mientras los hombres y las naciones se debilitaban en esta constante sangría, la Bestia Gris se mantenía al margen de nuestras disputas acrecentando su poder guerrero que un día habría de caer sobre nosotros. Y eso fue

lo que finalmente ocurrió. La raza blanca y la raza amarilla acababa de librar la más sangrienta de sus guerras cuando la Bestia Gris cayó sobre nuestro mundo con sus poderosas escuadras. Fue una derrota total, sin paliativos, la destrucción de nuestra civilización hasta sus más profundos cimientos. En aquella hora amarga, cuando el mundo estallaba en pedazos, unos pocos millares de hombres y mujeres conseguimos escapar en una gran nave, la única que existía capaz de llevarnos tan lejos donde jamás antes había llegado ninguna otra nave del espacio. Nosotros somos los supervivientes e hijos de aquel grupo de expatriados. Durante cuarenta y dos años hemos navegado por el cielo, buscando entre las estrellas un mundo que pudiera acogernos. El mundo que encontramos al fin e es éste, vuestro mundo.

Un gran silencio acogió las últimas palabras del sorprendente relato del terrícola. Tinné-Anoyá se pasaba el rojo extremo de la lengua por los labios, como conteniendo una pregunta que finalmente brotó irreprimible:

- ¿Cuáles son vuestras intenciones respecto a Saar? ¿Se repetirá aquí la historia de los Hombres Grises respecto a vuestro mundo? ¿Seremos tal vez sojuzgados, igual que vuestro pueblo lo fue por aquellas criaturas llegadas desde las lejanas estrellas?

- No, Princesa -negó Fidel con energía-. La Historia no puede repetirse aquí. Somos humanos, igual que vosotros, tenemos la misma sangre. Nada impide que nuestro pueblo se integre en el vuestro y, a la recíproca, que vosotros os integréis en nuestra cultura. Sólo beneficios puede reportamos nuestra alianza.

Nuestra avanzada técnica revolucionará vuestro mundo.

- ¿Qué cosa es esa que llamas "técnica"?

- Es el compendio de todos los logros obtenidos por nuestra milenaria civilización. La vida se desarrolló en la Tierra de forma parecida a la vuestra. El hombre comenzó su existencia en la copa de los árboles. Luego descendió de ellos, habitó en cavernas, descubrió el fuego y luego construyó sus primeras armas tallando la piedra. Más tarde trabajó los metales, se hizo pastor y agricultor y adoptó una vida sedentaria. En la Tierra, a partir de este punto, el hombre siguió desarrollando su ingenio. Hizo más eficaces sus herramientas de trabajo e inventó las máquinas.

- ¿Qué son máquinas? -preguntó Tinné-Anoyá.

- Llamamos máquina a cualquier ingenio capaz de ejecutar un trabajo que el hombre por sí solo no podría realizar. Por ejemplo, las aceñas que impulsadas por la corriente del río elevan el agua hasta un canal, eso es una máquina. Nuestro mundo está lleno de ellas.

- ¿Y para qué queréis tantas aceñas?

Fidel miró sorprendido a la joven princesa, en tanto que junto a él Ricardo Balmer sofocaba una risa.

- Nosotros no usamos aceñas, sino máquinas mucho más complicadas para realizar multitud de trabajos diversos. Tenemos máquinas que aran la tierra y recolectan la mies. Otras que excavan canales, cortan árboles, extraen minerales de las minas, abren caminos… Tenemos máquinas que construyen otras máquinas, máquinas para impulsar nuestros barcos y nuestros vehículos, máquinas para fabricar alimentos, para crear luz…

CAPITULO II

EL PUEBLO IDOLATRA

Fidel Aznar dejó de hablar y clavó sus ojos en la espléndida figura de mujer que tenía enfrente. Sentíase, satisfecho de su discurso, en el que había procurado comprimir los hechos más salientes que compendiaban las peripecias vividas por él y sus compañeros en los últimos tiempos. Y también sentíase satisfecho por el efecto que su relato parecía haber causado en los indígenas. Estos habían roto a charlar todos a la vez, chillando y gesticulando como demonios y acercándose a los terrestres para, con una timidez y curiosidad propia de chiquillos, tocar con las puntas de los dedos sus armaduras y dar vueltas a su alrededor examinándoles de arriba abajo. Un anciano de luenga barba blanca, envuelto en una toga a modo de un antiguo senador romano, impuso silencio con un ademán y habló con voz sonora y reposada:

- Hijos de la Tierra -dijo-. Grandes son las maravillas que relatáis. Soy Shima, el Gran Justicia dé Saar. Nuestra política fue siempre la de obtener alianzas ventajosas con nuestros vecinos más poderosos. ¿Es numeroso tu pueblo? ¿Cuántos vinisteis en la gran nave del espacio?

- Eran cinco mil setecientos cincuenta al salir de la Tierra. Algunos nacimos durante el viaje. Al llegar a este planeta éramos seis mil cuatrocientos ochenta.

- ¡Tan pocos! -exclamó el Gran Justicia sin ocultar su decepción-. ¡Solo la capital de nuestro reino tiene diez veces ese numero! Si llamáis a eso un reino, en verdad que es un reino ridículamente pequeño.

La rubia Woona, la bella y salvaje nativa del País de Amintu que acompañaba a los terrícolas, habló con altanería a Shima:

Ten cuidado, Gran Justicia, no vayas a equivocarte. El poder de los extranjeros es tan grande, que solamente con una de sus naves aéreas podrían arrasar en un segundo una ciudad tan grande como Umbita. Sus armas son terriblemente eficaces y alcanzan a cualquier parte del planeta. Seis mil terrícolas frente a seiscientos mil de vosotros son como seis mil leones frente a un millón de cobardes ratones.

Shima miró a Woona frunciendo el ceño.

- Tú no eres extranjera. Reconozco tu acento.

- Debes conocerlo, soy nativa del País de Amintu. Vuestros mercenarios han venido con frecuencia durante siglos a capturar esclavos al País de Amintu. Pero en verdad te digo que es mejor que no volváis a buscar esclavos a la isla. Los extranjeros son nuestros amigos y no permiten que nadie sea esclavizado.

- Querrás decir que ahora vosotros sois esclavizados por los extranjeros, y que estos no permiten que nadie vaya a arrebatarles sus esclavos -repuso Shima.

- No tenemos esclavos en la isla -rebatió Fidel-. La esclavitud es la opresión más amarga que puede imponerse a un ser humano. Nadie debe ser esclavo de nadie.

- ¿Y qué víctimas inmolarás entonces al dios Tomok? -preguntó Shima.

- ¡Es lo que nos faltaba saber! -exclamó junto a Fidel el profesor Castillo, en español-. ¡Estos brutos son capaces de sacrificar personas humanas a sus ídolos!

- ¿Sacrificáis seres humanos a vuestro dios? -interrogó Fidel arrugando el ceño.

Shima alzó los robustos hombros y abrió los brazos en ademán de impotencia.

- ¡Pero es horrible! -protestó Fidel indignado-. En la Tierra, sólo los pueblos más crueles y salvajes inmolaron víctimas humanas ante sus ídolos. Vuestras construcciones, vuestra forma de vestir y de hablar parecen indicar un alto nivel cultural.

- No somos salvajes -protestó el venerable anciano enrojeciendo-. Si sacrificamos hombres y mujeres a Tomok es solamente porque él así nos lo exige. ¿Creéis que aceptamos con gusta esta periódica inmolación? ¡No! Nuestro pueblo vive bajo el terror, siempre con el pensamiento puesto en ese implacable dios de las Tinieblas y en la próxima recluta de víctimas. Esta noche pasada Tomok habló de nuevo exigiéndonos veinte mil seres humanos. Si una tercera parte por lo menos no fueran esclavos capturados en otras tierras, ¿cómo podríamos evitar que, poco a poco, devorara Tomok a todo el pueblo de Saar?

Fidel Aznar se volvió hacia sus compañeros.

- Esto no me gusta ni pizca -aseguró Ricardo Balmer, joven de la misma edad que Fidel, arrugando la nariz-. Veinte mil víctimas para un ídolo, ¡ahí es nada!... Si es costumbre generalizada en todo el planeta no me asombra que este mundo esté tan escasamente poblado.

Fidel Aznar, volviéndose hacia Tinné y Shima preguntó:

- ¿Quién es Tomok? ¿Acaso esa grotesca efigie que hemos visto en la cima de la colina que domina la ciudad?

- Sí -repuso Tinné bajando la cabeza y suspirando-. Ese es Tomok, el rey de las Tinieblas. Esta noche habló pidiendo veinte mil víctimas y hemos de dárselas en seguida, antes que se impaciente y nos envíe sus espíritus a buscarlas.

- Jamás lo hubiera creído! -exclamó Fidel con repugnancia. ¿Es posible que rindáis un culto tan terrible a una divinidad falsa y estúpida? ¿Quién es Tomok? ¿Dónde está su espíritu? ¿Por boca de quién habló? Tomok no existe y su divinidad es un mito; y os lo demostraré desafiándole a gritos, derribando su estatua, impidiendo el sacrificio de ese rebaño humano y afrontando sin miedo sus iras.

La reacción de los indígenas fue inesperada. Todos, prorrumpieron en gritos y protestas, temblando de terror, naciendo muecas y llevándose las manos a la cabeza.

- ¡No… no! -gimió Tinné-Anoyá haciendo muecas-. ¡No puedes hacer eso sería nuestra perdición! ¡Los espíritus de Tomok brotarían a millares del ¡seno de la tierra y nos matarían a todos, arrasando nuestros campos y prendiendo fuego a nuestras ciudades!

- ¡Tonterías! -se burló el profesor Castillo en su imperfecto idioma de Saar-. ¿Ha visto alguien de vosotros alguna vez esos espíritus?

- Hombre de la Tierra -repuso Shima-, contén tu lengua, tus blasfemias pueden costamos muy caras. Nadie de nosotros ha visto a los espíritus de Tomok, es cierto, pero todavía puedes ver las ruinas de Tefik, la ciudad que en tiempos pretéritos se rebeló a Tomok negándose a entregarle las víctimas que habían concertado en un pacto. Has de saber que en tiempos de nuestros antepasados los espíritus de Tomok cazaban a los hombres en estas tierras como nosotros damos caza a las cabras salvajes. Nuestros antepasados llegaron a un acuerdo con Tomok, conviniendo en enviarle en primavera y otoño un número fijo de hombres a cambio de que los espíritus se abstuvieran de brotar del seno de la tierra para cazarnos como bestias. Desde entonces no hemos visto más a los hombres de cristal. Nadie siente el menor deseo de verles, y tanto es así que, aunque Tomok ha faltado a su palabra exigiendo de año en año un número mayor de víctimas, no hemos osado protestar por temor a que se exciten sus cóleras y mande sobre nosotros a sus horribles espíritus. En las inscripciones de los edificios más antiguos podéis leer lo que le ocurrió a la ciudad rebelde de Tefik, convertida en un paraje de desolación y muerte. ¿Y quieres, blasfemo, despertar las iras del dios de las Tinieblas para que convierta Umbita en una segunda Tefik?

- Tomok es un dios falso -insistió Fidel secamente-. Hemos tenido ejemplos de divinidades antropófagas en la Tierra, y os aseguro que Tomok es un mito. Algún loco hechicero inventó en tiempos pretéritos la fábula de Tomok y la ciudad de Tefik. Su locura cundió en vuestros incrédulos antepasados y la locura de un hechicero se hizo crimen, y

el crimen tradición y la tradición ley. ¿Por boca de quién pidió anoche el sanguinario Tomok veinte mil víctimas? ¿No fue acaso por boca de un sacerdote que presume de ver visiones y oír la voz de Tomok en sueños?

Fidel esperó confiado la respuesta de los indígenas. Esta, sin embargo, fue completamente inesperada:

- Tomok jamás habló por boca de nadie, excepto por la suya propia -afirmó Shima. Y todos cuantos habían en el salón asintieron con profundos movimientos de cabeza.

- ¿Le has oído tú hablar alguna vez? -preguntó Fidel irritado ante la obstinación de los crédulos indígenas.

- Todos le hemos oído hablar, no una, sino muchas veces -repuso Shima con firmeza-. Anoche habló, y su voz era tan fuerte que toda la ciudad pudo escuchar sus palabras sin salir de sus casas.

- ¡Otra que tal! -farfulló Richard Balmer-. ¡Sólo nos faltaba oír este disparate!

- Alguien hablaría simulando que lo hacía Tomok -insistió Fidel, más sombrío por momentos.

- Nadie grita tanto como Tomok. Su voz no puede confundirse con ninguna otra. Únicamente vosotros, cuando hablasteis desde la plaza pidiendo ver a nuestra reina, lo hicisteis con voz casi tan atronadora como la del dios de las Tinieblas. Por eso, porque veníais del cielo y llevabais esas cabezas postizas, os confundimos con los espíritus de Tomok.

Fidel abrió la boca para decir algo, pero el profesor Ferrer le contuvo poniéndole la mano sobre el brazo.

- No insista por ese camino, señor Aznar -dijo en español-. La fe religiosa de esta gente parece inquebrantable… demasiado, a decir verdad.

- ¿No estarán mintiendo descaradamente? -insinuó el capitán Fernández.

- Hay aquí algo más que una mentira colectiva -aseguró Ferrer-. No me gusta nada el aspecto de esa efigie de Tomok erigida sobre la colina. Le calculo por lo menos la altura de una casa de diez pisos, y me pregunto cómo diablos pudieron estos hombres fundirla de una sola pieza.

Fidel Aznar volvióse hacia Shima y Tinné y preguntó:

- ¿Desde cuándo está la efigie de Tomok sobre la colina? ¿Quién la fundió en bronce y la puso donde está?

- Los espíritus de Tomok la construyeron poniéndola donde la ves. Luego vino el espíritu de Tomok y se alojó en su ánima de bronce. Así lo dicen nuestras escrituras -apresuróse en informar Shima.

- ¿Podremos ir a verla de cerca? -preguntó Fidel, hondamente disgustado.

- Desde luego, pero no ahora, sino más tarde -dijo Tinné sonriendo-. Primero comeréis con nosotros. Debéis sentir hambre después de un viaje tan largo sobre la mar océana… y quiero que me refieras muchas más de vuestras cosas maravillosas.

Aceptó Fidel resignado, no porque sintiera el menor apetito, ya que aquel viaje "tan largo" de 1.000 kilómetros terrestres habíalo realizado el destructor Navarra en unos breves minutos, sino por tener la certeza de que, únicamente usando de paciencia y obrando grandes "prodigios", conseguiría derribar de su pedestal al terrible Tomok, concluyendo con el rito antropófago de la deidad de bronce.

Mientras en un enorme salón contiguo se preparaba el gran banquete, Fidel mandó a Ricardo, a Woona y al capitán Fernández al destructor Navarra para que se trajeran los regalos destinados a Tinné-Anoyá. Estos presentes consistían en varias muestras de la industria y la técnica terrestres más avanzadas, dedicados de primera intención a agasajar a la soberana de Saar, pero que ahora utilizó Fidel con el doble propósito de anonadar a los atrasados indígenas y dejar tamañitas todas las hazañas y brujerías que pudiera haber realizado "el espíritu de Tomok" desde los tiempos más remotos de la historia de este pueblo. En primer lugar, Fidel entregó a Tinné un cofrecillo de oro que contenía un monstruoso collar de legítimas esmeraldas. Como el oro se conseguía fácilmente con la transmutación de los átomos y cualquier piedra preciosa se fabricaba en un vulgar laboratorio, ni el cofrecillo ni el collar tenían más valor que cualquier pieza de la costosa armadura de titanio en que se enfundaban los terrestres. El oro, la plata y las piedras preciosas hacía siglos que dejaron de tener ningún valor en la Tierra, pero en este mundo eran aún objetos raros y la princesa acogió el regio regalo con grandes extremos de admiración.

Para cada uno de los presentes, Fidel extrajo de otra caja un reloj de pulsera, los primeros relojes que, para medir el tiempo de este mundo, se habían fabricado en los talleres del autoplaneta Rayo. Los ministros, caudillos y cortesanos de Tinné no dieron tanta importancia al hecho de que podían medir el curso de sus días como al débil "tictac" que brotaba del "espíritu" de estas maquinitas maravillosas.

- Este cajón es un aparato de televisión -dijo Fidel señalando uno de sus más sensacionales regalos-. Con él podrás ver, sin moverte de tu silla lo que ocurre en Nueva España, a muchos, cientos de leguas de aquí.

Tinné-Anoyá miró incrédula al terrestre. Este sonrió y movió los mandos del radiovisor. En la pantalla, a todo color y el relieve, apareció el rostro de una operadora de radio. El color y el relieve eran tan perfectos que daba la impresión de que la muchacha estaba allí mismo, asomando por una ventana rectangular. La exclamación que

lanzaron los indígenas debió oírse en toda Umbita. Para ellos era cosa de magia que hubiera una mujer metida en un cajón tan pequeño, pero su sorpresa no había hecho más que empezar.

Los terrícolas habían situado al autoplaneta Rayo en una órbita de satélite alrededor del planeta, pero además habían situado en órbita otros satélites de comunicaciones y meteorológicos. La operadora de radio se encontraba a bordo del destructor Navarra, en medio de la plaza, frente a palacio.

Fidel rogó a la operadora que le pusiera en conexión con diversos lugares, y fue así como, sin moverse de su regio trono, la princesa Tinné-Anoyá pudo ver el autoplaneta Rayo. Fidel la hizo recorrer las diversas dependencias del Rayo introduciéndola por obra de su poder mágico en las lujosas habitaciones de los rascacielos, en su complicada Sala de Control, en el observatorio astronómico, en los talleres y en todo lugar. Luego la "sacó" del Rayó y la llevó al País de Amintu.

Máquinas monstruosas, de férrea dentadura y poderosos, movíanse de un lado a otro mordiendo en el seno de la tierra, cargando colosales rocas y llevándolas de aquí allá con sorprendente ligereza. Vio Tinné volar una montaña entera bajo el empuje de formidables explosivos atómicos, vio a los tractores roturar las tierras vírgenes, a los helicópteros evolucionar en el aire y a los automóviles eléctricos correr por caminos que no llevaban más de cuatro semanas abiertos. La febril actividad de los hijos de la Tierra cambiaba el aspecto de la faz del nuevo mundo. Torres metálicas se alzaban por todos los puntos; enormes fábricas ocupaban extensiones de terreno que 90 días antes estaban pobladas de árboles y de hombres esfera. El primer ferrocarril circulaba por las vías recién trazadas entre las minas y las fábricas. Los hornos de fundición trabajaban día y noche arrojando humo y chispas hacia el cielo.

En la nueva ciudad de los extranjeros, junto a toscas barracas de madera, se levantaban los nuevos edificios, de estructura de acero y cemento. Las máquinas excavaban la red de alcantarillado y extendían el nuevo pavimento de hormigón.

Cuando Fidel Aznar dio por terminada la función y cerró el aparato, los indígenas exhalaron un hondo suspiro cual si despertaran de un maravilloso sueño a la primitiva realidad en que vivían.

- Todo eso… ¿existe realmente o nos lo haces ver en tu cajón mágico? -interrogó Tinné-Anoyá.

- Existe, desde luego.

- ¡Pero todo es muy pequeño! -exclamó la joven dilatando sus ingenuas pupilas.

Fidel esbozó una sonrisa irónica.

- Parece pequeño porque lo vemos de lejos -explicó.

No quedaron muy convencidos los umbitanos con la explicación de

Fidel, pero los restantes regalos, objetos que podían ver y tocar, volvieron a darles la seguridad de que aquellos hombres bajados del cielo eran unos prodigiosos, magos. Con un simple canuto de plata (una linterna eléctrica), el terrestre obró el prodigio de ¡luminar como si fuera de día todo el salón, después que se hubieron cerrado las ventanas. Con un silbato de plata que no hacía ruido (un silbato ultrasónico), el mago hizo hervir un gran recipiente de agua en unos segundos. Luego entregó a Tinné un pequeño cajón (un aparato magnetofónico) a quien bastaba apretar un botón para que saliera de él el formidable estrépito de una banda de música interpretando marchas guerreras. A instancias del terrestre, Tinné habló ante el aparato, y luego el cajón repitió sus palabras una por una, con gran maravilla por los presentes.

Además de todo esto, Fidel distribuyó entre los presentes grandes piezas de telas, unas multicolores, otros transparentes como el cristal: cuchillos y brillantes espadas que se combaban como juncos sin romperse y estaban grabadas en oro; magníficos aparatitos que al apretarse se coronaban con una llamita (encendedores automáticos), cañitas de cristal (plumas estilográficas) que escribían sobre el pergamino sin necesidad de mojarse en el frasco de tinta…

Los dedos fuertes y toscos de estas gentes primitivas palpaban las delicadas muestras de la industria y la técnica terrestres con la timidez y el gozo de unos chiquillos grandes.

Mientras tanto habíanse ultimado los preparativos del banquete y todos pasaron a la sala contigua. Fidel se negó a ocupar la cabecera de la mesa, asegurando que correspondía a la princesa sentarse allí, y él ocupó un rústico taburete a la izquierda de la joven.

Fidel hizo repetidos esfuerzos para conducir la conversación hacia el punto que más le inquietaba; esto es, hacia Tomok y la brutal idolatría del pueblo de Saar. Pero los ministros y aun la misma Tinné estaban i demasiado excitados por los regalos de los terrestres para mantener más de un minuto una conversación. Los individuos de la corte comían tiernas carnes asadas y bebiendo con abundancia y gran ruido un licor alcohólico. Constantemente había alguien en pie hablando a gritos a sus compañeros. Él aparato magnetofónico amenizaba la comida con triunfales marchas. Loscomensales miraban y remiraban de unos a otros manoseándolas con sus dedos sucios de grasa.

El nivel cultural de este pueblo, según Fidel pudo colegir, no difería gran cosa de los tiempos bíblicos terrestres. El palacio era una edificación baja y tosca, construida con sillares de piedra y grandes troncos sin desbastar que se combaban bajo el peso del tejado. Sus salones eran largos y sombríos, bajos de techo y escasos de luz en unas ventanas que más parecían saeteras. Largos años de una imperfecta

iluminación al base de teas resinosas habían cubierto con una pátina negra techos y paredes. La higiene, como en la mayoría de los pueblos primitivos, no parecía preocupar demasiado a los indígenas. Los muebles eran pocos, muy pesados y de tosca manufactura. Se desconocía el uso de alfombras en los pisos y de cristales en las ventanas, tal vez debido al clima húmedo y caluroso de Saar, enclavado en plena zona tórrida del planeta.

Observó Fidel repetidamente la curiosidad de Shima y otros ministros hacia los fusiles atómicos que empuñaban los terrestres al llegar y que ahora mantenían cruzados sobre sus rodillas. Tras muchas dudas, Shima se decidió y preguntó:

- ¿Qué son esas cosas que parecen cañas y de las que nunca os separáis?

- Estas son nuestras armas, Shima -repuso Fidel sonriendo-. Instrumentos de muerte que escupen truenos y relámpagos aniquilando todo a su alrededor.

- ¡Como los espíritus de Tomok! -exclamó Tinné abriendo mucho los ojos.

El profesor Castillo, que ocupaba un asiento a la derecha de la joven, echó su busto sobre la mesa mirando a Tinné y preguntando:

- ¿Has dicho como los espíritus de Tomok?

- ¿Los habéis visto alguna vez? -preguntó Fidel sintiendo que una tenaza de hierro le apretaba el corazón.

- Hace muchísimos años que no les vemos -repuso Tinné-. En otros tiempos salían de cacería por nuestras tierras, pero desde que mis antepasados acordaron con ellos enviarles las víctimas que necesitan para su alimentación por el río Tenebroso, no han vuelto a molestarnos.

- Pero… -exclamó Fidel ronco de sorpresa-, ¿las víctimas no las inmoláis ante vuestro dios?

Esta vez fue Tinné-Anoyá quien miró al terrestre sorprendida. -No-negó moviendo su áurea cabeza-. Sí lo hiciéramos así los espíritus de Tomok u hombres de cristal no podrían comerlas. A ellos les gusta mucho la carne humana. Las víctimas escogidas por la suerte suben en canoas y almadías y descienden aguas abajo del río Tenebroso. Este río desaparece en unas gran gruta y dicen que baja hasta el seno de la tierra, donde los espíritus de Tomok recogen a las víctimas y las guardan en establos para ir comiéndoselas poco a poco… Eso, al menos, es lo que dice la leyenda. Nadie sabe lo que es de las víctimas una vez entran en la Gruta Tenebrosa… Nadie ha vuelto de allá para contarlo.

- ¡Gran Dios! -exclamó Fidel saltando en pie, pálido como un difunto-. ¡Si al fin será verdad que existen los espíritus del Tomok y que la efigie de éste habla… como nuestros altavoces!

- Ya os dijimos que Tomok habla -murmuró Shima-. Y también nos ve desde lo alto de la Colina Sagrada.

Todos los terrestres y también Woona, habíanse puesto en pie al ver levantarse a su jefe. Los indígenas, impresionados por la expresión del rostro del mago extranjero, enmudecieron del golpe. Y en este silencio, denso y sofocante, se escuchó el vibrante latido de unos tambores.

- ¿Qué son esos tambores? -preguntó Fidel a la princesa. 1

- Son los tambores de la Muerte -repuso la joven poniéndose en pie lentamente-. Llaman al pueblo de Umbita al pie de la efigie de Tomok para proceder al sorteo de las víctimas. Quien sea elegido por la suerte y no posea un esclavo para mandarlo en su lugar, ni dinero para comprarlo, deberá emprender la Ruta Tenebrosa hacia el Reino de las Tinieblas.

Los españoles intercambiaron una mirada de inteligencia.

- Creo que no debemos retrasar ni por un segundo más la visita a esa estatua de Tomok -murmuró Fidel recogiendo de suelo su escafandra de acero y cristal.

CAPITULO III

EL SECRETO DE TOMOK

Iba a organizarse el cortejo real para subir, hasta la Colina Sagrada. Tinné-Anoyá, sobre un palanquín llevado a hombros de cuatro robustos esclavos y seguida de toda su corte, se trasladaba al pie de la estatua de Tomok para presidir el fatal sorteo de las víctimas.

Pero los terrestres no podían esperarla. Una duda atroz les empujaba fuera de palacio hacia la Colina Sagrada, para investigar sin pérdida de tiempo las sobrenaturales voces y miradas del horrible dios de las Tinieblas. Dejando a la corte muy atareada en los preparativos del cortejo real, los terrestres y Woona se lanzaron a la plaza con ánimos de volver al destructor y hacer en unos segundos el viaje en que el cortejo invertiría más de una hora.

Fidel Aznar, al frente de su grupo, cruzó el dintel de palacio y alzó sus ojos hacia la efigie de Tomok. Esta consistía en un grotesco muñeco de formas remotamente humanas. Su cuerpo era un colosal triángulo con la base hacia arriba, dos ángulos que formaban lo que pudiera llamarse hombros y otro ángulo apuntando al suelo. En el centro de la base invertida del triángulo tenía la cabeza, una gran esfera de bronce con una de sus caras de cristal, muy parecida a las escafandras que los terrestres utilizaban contra los rayos ultravioleta y las bajas presiones de la estratosfera.

Tomok, como los seres humanos, tenía dos brazos y dos piernas,

arrancando los primeros Uno de cada ángulo superior y las segundas a ambos lados del vértice inferior o extremo del tronco. Los brazos eran articulados y estaban armados de sendas y poderosas pinzas. Los pies eran una especie de garras de ave de presa, con dos espolones hacia adelante y otro hacia atrás. Erigida sobre la cúspide de la colina próxima a la ciudad, chisporroteaba bajo los rayos del sol dominando el amontonamiento de casas extendidas a sus pies.

Umbita era una ciudad de 60.000 habitantes. El culto a Tomok, que obligaba a sus habitantes a una doble adoración a la salida y puesta del sol, había influido en sus edificaciones como en los pueblos árabes, viéndose casi todas provistas de azoteas para que sus moradores, sin abandonar sus casas, pudieran reverenciar al terrible dios de las Tinieblas.

Cuando los seis terrestres y Woona regresaron al destructor, los tambores hacían vibrar el aire percutiendo lúgubremente, llamando a los umbitanos al pie de la estatua que presidiría el fatal sorteo. Las víctimas, engalanadas con sus mejores ropas y mostrando coronas y collares de flores, dirigíanse en largas procesiones hacia el camino de la Colina Sagrada. Rehuían pasar por la Plaza Real, donde el destructor Navarra había venido a posarse, pero gran número de gente espiaba los movimientos de los terrestres desde prudencial distancia.

Apenas el último de los españoles hubo entrado en el destructor, el piloto que había quedado a la custodia del aparato cerró la portezuela y despegó. El destructor Navarra, como sus congéneres y el mismo autoplaneta Rayo que los exilados de la Tierra utilizaran para llegar a este nuevo mundo, estaba construido de un metal exótico muy denso, con la propiedad de repeler la fuerza de atracción de las masas al ser inducido eléctricamente por sus poderosos motores atómicos.

El destructor Navarra se elevó suavemente en el aire, y voló sobre las casas dé Umbita para posarse, sólo unos segundos más tarde, sobre la cima de la Colina Sagrada.

Los umbitanos, que no debieron preocuparse jamás del embellecimiento de su ciudad, llevaron, en cambio, grandes obras sobre la meseta de esta colina. El sanguinario dios de las Tinieblas estaba sólidamente afirmado sobre una peana de bronce que, a su vez, se asentaba sobre un pedestal mucho mayor, levantado con enormes sillares de granito que en sus cuatro caras laterales mostraban bajorrelieves con escenas de grandes cacerías, donde unos monstruos con forma de Tomok eran los cazadores y los seres humanos las bestias huidizas. La explanada era tan amplia que podía contener cómodamente varios miles dé personas, estando pavimentada con grandes losas de mármol azulado y rodeada por un hemiciclo de grandes columnas a estilo de una acrópolis. Uno en cada ángulo del pedestal de granito veíanse cuatro recipientes de bronce donde ardía,

esparciendo acres humaredas, un fuego de petróleo en bruto. Detrás del ídolo habían algunas edificaciones igualmente sólidas y lujosas; las casas de los sacerdotes guardadores del dios.

Había gente sobre la meseta. A ambos lados de la escalinata de acceso al pedestal de Tomok, varios músicos se preparaban para el concierto de música semisalvaje que servía de fondo a la ceremonia del sorteo. Una docena de timbaleros golpeaban sus grandes tambores, cuyos sonoros ecos descendían las laderas de la colina para flotar como un presagio de muerte sobre la ciudad atemorizada.

Estos tambores dejaron de sonar al aparecer el destructor Navarra. Cuando la aeronave fue a posarse con su suavidad característica sobre las losas de la meseta, todos: músicos, timbaleros, sacerdotes y curiosos, se arrojaron de bruces en el suelo haciendo reverencias e invocando el nombre de su sanguinaria deidad.

Durante el breve trayecto, considerándolas un estorbo, los terrestres y Woona habíanse despojado de sus armaduras dé titania, recobrando su aspecto enteramente humano y la agilidad de movimientos. Al saltar del aparato, los españoles mostráronse ante los sorprendidos ojos de los indígenas vestidos con una especie de "monos" tejidos con fibra de acero. Al ser heridos por los rayos del sol, estos trajes chisporrotearon en reflejos azulados.

Sin prestar atención a los indígenas, Fidel Aznar encaminóse rectamente hacia el ídolo y empezó a subilla escalinata seguido de los profesores Castillo y Ferrer y, algo más rezagados, Woona, Ricardo Balmer, el capitán Fernández y el doctor Gracián, estos últimos empuñando sus fusiles atómicos y mirando a diestra y siniestra con desconfianza.

Al llegar a la plataforma superior, Fidel se detuvo para echar la cabeza atrás y mirar hacia la altísima y colosal efigie. Luego se acercó a la peana de bronce, atraído por la curiosidad que en él despertaba esta pieza de fundición, demasiado enorme y bien hecha para poderse atribuir a la tosca manufactura indígena. Alargo la mano para tocar el metal, y en este momento alguien gritó con voz en cuello a sus espaldas:

- ¡Detente, hijo del cielo…! No toques ese metal si no quieres morir fulminado por un rayo!

La mano de Fidel no llegó a tocar el bronce. Volvióse el joven frunciendo el ceño y vio subir las escaleras a un anciano de grandes y níveas barbas que vestía una especie de camisón granate y se tocaba la cabeza con una tiara de forma octogonal. El anciano acortó la distancia que le separaba de los terrestres, vueltos hacia él con extrañeza, y se arrodilló en el último escalón repitiendo:

- ¡Alejaos de Tomok, hijos de las estrellas! ¡Todo el que toca su divina efigie cae aniquilado por el rayo de la cólera!

- ¡Farsante! -refunfuñó Fidel en español. Y en voz alta y en lengua indígena pregunto-: ¿Eres tú el Gran Sacerdote de Tomok? Ven, acércate.

El Gran Sacerdote se puso en pie y acercóse tímidamente a los extranjeros, deteniéndose a una respetuosa distancia de Fidel.

- Dices que todo el que toca las partes metálicas de Tomok cae fulminado por un rayo -dijo éste-. Seguramente tú, por ser sacerdote de su rito, puedes tocarlo invulnerablemente, ¿no es cierto?

- ¡Jamás he osado alargar mi mano impía hacia ese metal! -aseguró el anciano-. Ni siquiera yo, con ser el Gran Sacerdote, puedo poner mi mano sobre Tomok sin morir al instante.

Fidel hizo una seria a Ricardo Balmer y al capitán Fernández, que habían quedado uno a cada lado a espaldas del Gran Sacerdote. Los dos jóvenes asieron al anciano por los brazos y le empujaron hacia adelante.

- Obligadle a tocar la peana de su fetiche -dijo Fidel-. Quiero ver qué le ocurre a un Gran Sacerdote cuando toca con sus manos impías las divinas partes de Tomok.

El sacerdote ser revolvió como una anguila entre las manos de los terrestres. Sus ojos parecían desorbitados de terror mientras gritaba como un condenado:

- ¡No… no! ¡Os lo suplico…, por favor…, por piedad…, tened compasión de mí…, ningún daño os hice…, no me matéis!

Ricardo y Fernández le empujaban hacia la peana. El viejo retrocedía debatiéndose desesperado entre las manos de sus aprehensores, intentando defenderse con uñas, pataleos y dientes.

- ¡Alto! -ordenó Fidel alzando una mano-. Dejadle; su terror es demasiado grande para ser fingido.

- ¡Oye, Fidel! -protestó Ricardo dejando en libertad al Gran Sacerdote-. ¡No te habrás tragado la bola de que este fantoche fulmina a quien lo toca! ¿Quieres ver cómo lo hago sin que me ocurra nada?

Y el intrépido e irreflexivo Ricardo avanzó hacia la peana decidido a tocarla.

¡Quieto, loco! -le gritó Fidel asiéndole de un hombro y echándole hacia atrás-. ¿No se te ocurre que toda esta estatua pueda estar fuertemente electrificada?

- ¿Electrificada? -repitió Ricardo mirando a su amigo con estupefacción-. ¿Has dicho ELECTRIFICADA?

- Profesor Ferrer, vaya al aparato con el doctor y tráigase su equipo eléctrico -rogó Fidel. Y volviéndose hacia Ricardo añadió- me da en la nariz que los milagros de este Tomok tienen una explicación bastante lógica. Esta gente asegura que ve, que oye y que habla, cosas todas ellas sobrenaturales para Tinné y sus crédulos súbditos, pero muy sencillas de resolver para nosotros.

- ¿Serás capaz de haber creído todos los camelos que nos han contado desde que llegamos a esta sucia Umbita? -interrogó Ricardo burlón.

- Yo no creo ni dejo de creer. Digo solamente que también nosotros tenemos autómatas que hablan, ven y oyen como ese ídolo. Cualquiera de nosotros posee bastantes conocimientos para, disponiendo de los medios adecuados, erigir una efigie como esta y hacer que "hable", que "oiga" y que "vea", ¿no es cierto?

- ¡Pero Fidel! -protestó Ricardo-. ¡Nosotros somos hombres, hijos de una supercivilización! ¡Nadie en este mundo parece tener conocimientos sobre electrónica!

- ¿Quién lo dice? -desafió Fidel-. ¿No has oído, calamidad, que en "el seno de la tierra", es decir, en el centro de este planeta vive una humanidad de silicio, hombres de cristal, qué andan derechos como nosotros y poseen rayos y truenos que matan?

- Nadie, los ha visto -apuntó Ricardo-, Y aún si existieran, ¿por qué habían de conocer la electricidad, la televisión y la radio que serían los elementos indispensables para construir un ídolo que "viera", "hablara" y "escuchara"?

- Amigo mío -suspiró Fidel-, ¡ojala los hombres de cristal no existieran o, de existir, fueran tan ignorantes y atrasados como los seres humanos de este endiablado planeta! Pero eso sería demasiado bueno para nosotros, ¿no crees?

- No soy fatalista -gruñó Ricardo-. ¿Por qué demasiado bueno? ¿No nos dio Dios bastante trabajo con los hombres esfera y esos dichosos alacranes de silicio? ¿Por qué habla de amargarnos todavía más la existencia añadiendo a estos bichos hombres de cristal con una mentalidad superior?

- Amigo Balmer -dijo aquí el profesor Castillo metiendo baza en la discusión-, las formas de vida que puede adoptar la Naturaleza son infinitas. Lógicamente, si ha creado en este planeta seres de carbono con una inteligencia superior, ¿por qué sus criaturas de silicio no han de poseer igualmente una inteligencia igual o mayor que la nuestra? El hombre es el ser más perfecto de entre las criaturas de carbono terrestres. ¿Por qué entre una naturaleza de silicio como la que habita el interior de este planeta no ha de haber una especie superior que reine sobre las demás por su inteligencia?

- ¡Sería lo que nos faltaba! -gruñó Ricardo-. ¡Hombres de silicio con radio, televisión y armas atómicas! ¡El disloque, vamos! Hombre… ¿y por qué ha de estar siempre usted, profesor Castillo, amargándonos la existencia con sus teorías y demás zarandajas?

Castillo no llegó a contestar. El profesor Ferrer, perito en electrónica, y el doctor Gracián, subían a saltos la escalinata portando varios instrumentos de precisión entre las manos. Llegados al rellano

del pedestal, dejaron los aparatos en el suelo y el profesor Ferrer se calzó unos guantes de caucho.

- Vamos a ver -murmuró poniendo manos a la obra.

El aparato era un galvanómetro. El profesor Ferrer se ajustó unos gruesos guantes de goma, tomó una larga pértiga de madera y ató a su extremo el cabo de un conductor de cobre. Desde prudencial distancia extendió la pértiga hasta la peana.

El grupo se había acercado y miraba expectante la esfera graduada del aparato. La aguja osciló violentamente evidenciando la existencia de una corriente eléctrica de gran intensidad.

- ¡Ciento cincuenta mil voltios! -exclamó el doctor Gracián.

Ferrer retiró la pértiga y la saeta volvió a caer sobre el cero. Un profundo silencio poblado de mil pensamientos atroces envolvió a los españoles. Levantando los ojos del voltímetro, Fidel Aznar los puso en su amigo Ricardo.

- ¡Y querías tocar la peana de Tomok sin más ni más! -exclamó haciendo una mueca.

CAPITULO IV

LA PALABRA DEL DIOS

Un canto monótono y plañidero, acompañado del estrépito de cimbales y tamboriles, llegaba del pie de la colina. Una gran sierpe humana, moteada de blanco y gris, avanzaba saliendo dé la ciudad para retorcerse a lo largo de la zigzagueante cuesta que conducía hasta la cima de la Colina Sagrada. Eran los adoradores de Tomok que venían a decidir por sorteo los millares de víctimas que emprenderían el camino del sacrificio hacia el reino de las Tinieblas.

Al pie de la peana del dios caníbal, Fidel Aznar salió del mutismo en que le dejara el sensacional descubrimiento de la carga eléctrica de Tomok y habló a sus apesadumbrados compañeros:

- Bien amigos, lo inesperado ha ocurrido. En alguna parte de este planeta, seguramente en su interior hueco, viven unos seres de inteligencia superior, que conocen y utilizan la electricidad y sabe Dios cuántas cosas más. Esta certeza abre ante nosotros perspectivas enormes, todas ellas sumamente desagradables, porque si esas criaturas disponen de elementos de destrucción más poderosos y, sobre todo, más numerosos que los nuestros… Bueno, no es necesario que siga, todos ustedes saben que nuestro imperio sólo acaba de nacer y que un leve empujón bastaría para derrumbar cuanto llevamos hecho.

Todas las cabezas, excepto la de Woona que no entendía gran cosa de cuanto hablaban sus compañeros, asintieron con graves

movimientos.

- ¡En fin! -suspiró Fidel-. No nos apresuremos en hacer cabalas pesimistas. Lo primero y más importante es averiguar qué grado de civilización han alcanzado estas criaturas de silicio. Mucho tendrán que haber corrido para aventajarnos en conocimientos científicos, sobre todo porque este planeta es miles de años más joven que la Tierra, pero todo depende de la capacidad inventiva de sus cerebros. Para empezar tenemos esta efigie de Tomok, una muestra de la astucia y la técnica de esos hombres de silicio.

El grupo contempló pensativamente la colosal estatua.

- En algún punto debe de haber un generador de energía eléctrica, conectado con esta efigie -murmuró el profesor Ferrer-. La corriente puede llegar hasta aquí por dos conductos: bien por medio de un cable eléctrico o por ondas lanzadas desde alguna estación emisora más o menos lejana. Queda otra solución: que el generador esté dentro o debajo de Tomok.

- ¿Un reactor atómico?

- Si. Es fácil comprobarlo. Si hay aquí un reactor atómico tiene que haber partículas radiactivas en este entorno. Nuestro detector nos lo dirá en seguida.

El profesor Ferrer y Ricardo tomaron algunos aparatos de los traídos desde la aeronave y empezaron a manipular con ellos. Entre tanto aproximábase el estrépito de címbalos y tamboriles con que los adoradores del dios de las Tinieblas se acompañaban en su romería hasta la Colina Sagrada. Woona acercóse a Fidel Aznar y le tocó ligeramente en un brazo. El terrestre le sonrió forzadamente.

- Nunca te he visto tan preocupado -murmuró la muchacha en su idioma gutural. Y señalando al profesor Ferrer preguntó:- ¿Qué hace el hombre sabio?

- Busca rastros de un motor atómico. Donde hay una máquina de éstas siempre quedan partículas radioactivas suspendidas en el aire.

- ¿Y es muy importante que haya o no máquinas de esa clase?

- Mucho, Woona. Si los hombres de cristal tienen motores atómicos, será porque conocen la desintegración de la materia. Esto quiere decir que poseerán unos medios de destrucción tan poderosos como los nuestros. ¿Sabes lo que esto significaría? La idea de hacer de este mundo un emporio de riqueza y felicidad sería irrealizable sin la buena voluntad de las criaturas de silicio que habitan en el interior del planeta. Yo no he visto todavía ningún hombre de cristal e ignoro cuál será su forma de conducirse. Somos dos concepciones de la Naturaleza tan diametralmente opuestas que, por fuerza, hemos de chocar, aniquilándonos hasta que una de las especies sucumba… Y esto es lo que más me asusta, Woona. Acabamos de llegar a este mundo después de un viaje de cuarenta y dos años terrestres y sólo hemos hecho que

posar nuestras plantas sobre esta nueva tierra. Somos todavía tan débiles que no podríamos resistir un ataque llevado a cabo con los mismos elementos destructores que nos expulsaron de nuestro mundo de origen. Si los hombres de cristal conocen el inmenso poder encerrado en la materia… ¡ay de nosotros!

Woona asintió con graves movimientos de cabeza y fijó sus hermosas pupilas en la flaca figura del profesor Ferrer, que iba de un lado a otro por la meseta con su aparato detector. Después de dar una vuelta completa a la efigie de Tomok, el sabio regresó donde esperaban sus amigos. En los ojos del sabio brillaba una luz de alegría.

- Ni el menor rastro de partículas radioactivas.

Los terrestres exhalaron un hondo suspiro de satisfacción. Que no hubiera un generador de energía eléctrica movido por un reactor nuclear allí mismo, no quería decir que no pudiera haber motores atómicos en otra parte, pero esto era ya un consuelo, y los terrestres se sintieron algo más optimistas.

- Si Tomok está hueco por dentro, como es de presumir dadas sus proporciones, por fuerza ha de haber alguna puerta por donde se pueda entrar -argumentó Fidel.

- Echémosle abajo -propuso Ricardo, siempre predispuesto a la acción violenta-. ¿A qué tantas contemplaciones con una estúpida efigie de bronce? No hay ninguna puerta por aquí abajo, ya lo estuve mirando; y aún cuando la hubiera, sería lo mismo. No podemos pasearnos tranquilamente por el interior de Tomok estando eletrificado.

Consideró Fidel en silencio el argumento de su amigo.

- Bueno -acabó por decir encogiéndose de hombros-. Puesto que le hemos de echar abajo una vez u otra, tanto da que sea ahora como más tarde. ¡Abajo con Tomok!

- Bastarán unos disparos de mi fusil atómico -aseguró Ricardo acariciando la fina culata de su terrible arma-. Le apuntaré a una pierna y así cederá de costado. Pongámonos en sitio seguro.

El grupo de terrestres descendió a saltos la escalinata. Sacerdotes y músicos les miraban intrigados, sin sospechar ni remotamente el propósito de estos extranjeros.

- ¡Fuera de aquí! -les gritó Fidel ahuyentándolos-. ¡Fuera… la estatua de Tomok va a derrumbarse!

- ¡Hala… fuera… fuera!… -gritaron también Castillo y el doctor Gracián empujando a los más remisos en abandonar la plataforma.

Los indígenas retrocedieron poniendo a salvo sus instrumentos, mirando a Tomok y haciendo extrañas muecas. Cuando llegaron a las columnas que cerraban el hemiciclo, alcanzaban la meseta los romeros de Tomok con su estrepitoso acompañamiento de címbalos y tambores. Al ver posado sobre la explanada el extraño huso volador de

los "hijos del cielo", la cabeza de la sierpe humana, cuyo cuerpo zigzagueaba a lo largo de la cuesta y cuya cola permanecía aún en la ciudad, se detuvo. La noticia de que Tomok iba a derrumbarse de su pedestal corrió como un reguero de pólvora a lo largo de la serpenteante columna arrancando gritos de estupefacción. La procesión se detuvo en mitad de un silencio expectante.

Mientras tanto, sobre la explanada de la Colina Sagrada, los terrestres se ponían en fila detrás de Ricardo Balmer. Este, con el cañón de su fusil ametrallador atómico apoyado sobre el parapeto de sillería que circundaba la plataforma, apuntaba cuidadosamente a la pierna izquierda del dios de las Tinieblas.

- Afina bien, muchacho -dijo el capitán Fernández-. No vayas a fallar y nos la tires encima.

Precisamente en este momento sonó una espantosa gritería a espaldas de los terrestres. La muchedumbre detenida a la entrada de la acrópolis alzaba los ojos y los brazos hacia el monstruo de bronce y aullaba:

- ¡Tomok va a hablar…! ¡Tomok se dispone a hablar…!

Fidel levantó también los ojos, y lo que vio le hizo arrugar la frente. La cabeza del dios, por aquella parte delantera cubierta por un cristal azulado, lanzaba rápidos destellos de luz roja, semejante a los parpadeos de una lámpara que transmitiera un ininteligible mensaje luminoso en alfabeto Morse.

- ¡Espera! -gritó Fidel poniendo su mano sobre el hombro de Ricardo.

El joven tirador inmovilizó su dedo sobre el gatillo del arma que ya tenía apuntada, y el dios de las Tinieblas habló. Su voz atronadora y clara, metálica y desprovista de inflexiones humanas, bramó sobre la muchedumbre empavorecida:

- ¡Hijos de Umbita… detened a los sacrílegos extranjeros!

La multitud estalló en un atronador alarido.

- ¡Es un maldito altavoz! -gritó Ricardo Balmer volviendo la cabeza hacia Fidel.

- Lo sé -repuso éste con pupilas relampagueantes, Y señalando al terrible dios de las Tinieblas con el índice y el brazo extendido ordenó secamente:- ¡Dispara!

Los adoradores de Tomok, situados a unos pasos detrás de los terrestres, Soltaron un aullido a coro y avanzaron como un incontenible alud humano. El capitán Fernández se revolvió con la agilidad de una pantera al tiempo que tiraba de la pistola eléctrica que llevaba colgando del cinturón. Woona, que había desconfiado desde el primer momento de sus coterráneos manteniendo la funda de su pistola desabrochada, también empuñó su mortífera arma. Ella y Fernández dispararon al mismo tiempo. De los cañones de sus pistolas

brotaron dos relámpagos azules.

Las pistolas eléctricas podían graduarse a mayor o menor intensidad, y en este caso lo habían sido para provocar una descarga violenta, no mortal. Los dos hombres que recibieron la descarga cayeron sin sentido.

Los que iban detrás, empujando a la vanguardia de fanáticos siguieron avanzando torvos y ciegos como una manada de búfalos en estampida. Las pistolas eléctricas volvieron a restallar como látigos tendiendo a la primera línea de asaltantes. En este momento después de haber apuntado con precipitación, Ricardo Balmer tiraba del gatillo de su fusil. Una lengua de fuego i brotó por el extremo del cañón al mismo tiempo que un cegador fogonazo envolvía los pies del ídolo con seca y potente explosión.

El estallido del proyectil atómico y la deslumbradora llamarada inmovilizaron a los adoradores de Tomok. Con pupilas dilatadas de asombro pudieron ver saltar en el aire retorcidos fragmentos de una de las piernas del dios. Este, falto de apoyo, de balanceó un segundo e iniciando a continuación una rápida caída de costado.

La colosal mole de bronce de 30 metros de altura, se desgajó como una rama seca de la única pierna que le restaba y cayó cuan largo era sobre la meseta con estrépito infernal, haciendo temblar toda la Colina Sagrada, hundiendo las losas de mármol y haciendo saltar en todas direcciones pedazos de columna. La longitud total del dios era mayor que la mitad de la anchura de la meseta. Su gigantesca cabeza golpeó sobre las columnatas y se desprendió del tronco. Dando un prodigioso salto, la monstruosa cabezota se precipitó en el abismo y rodó ladera abajo saltando como una pelota, dejando tras sí una nube de polvo y un rastro de extraños objetos salidos de su interior. Botando de saliente en saliente, la cabeza de Tomok alcanzó las primeras casas de Umbita y las hundió con estrépito pavoroso, haciendo saltar vigas y cascotes, abriendo una brecha empenachada de polvo y deteniéndose al fin cuando, perdida la fuerza de su impulso por el repetido choque contra muros y paredes, tropezó con un obstáculo más resistente.

Un silencio de muerte cayó sobre la muchedumbre al extinguirse en la lejanía el último eco del singular estrépito. Sobre la meseta, el terrible dios de las Tinieblas yacía hecho pedazos, derribado de su pedestal por un poder superior al suyo. El silencio fue largo y penoso, henchido de estupefacción y horror. Los adoradores de Tomok prorrumpieron en grandes alaridos y se dieron a la desbandada corriendo desordenadamente laderas abajo para refugiarse en su ciudad.

Los autores de la catástrofe no les prestaron la menor atención.

- Vamos allá -elijo Fidel echando a andar hacia los restos del ídolo,

Este yacía boca abajo sobre un colosal estropicio de losas hechas

añicos. Había perdido también sus dos brazos al caer, y su enorme corpachón de bronce habíase rasgado dejando ver en su interior los perfiles de una maquinaria abundante y exótica.

- No era vacío todo lo que Tomok tenía dentro -comentó Fidel sarcásticamente, y llamando al profesor Ferrer añadió-: pruebe ahora con el voltímetro, profesor. No vaya a tener todavía corriente y nos pillemos los dedos.

La aguja del indicador permaneció inmóvil.

- No hay corriente -anunció el sabio-. Podemos manipularlo sin peligro.

Fidel dejó a Ricardo Balmer, al doctor Gracián y al capitán Fernández de guardia en la entrada de la acrópolis por si volvían los indígenas y se unió al profesor Castillo y al profesor Ferrer en el examen del ídolo. Los brazos y las piernas, al desprenderse del tronco del dios, habían dejado sendos agujeros sobradamente capaces para permitir el paso de un hombre. Los terrestres se introdujeron por estos agujeros y empezaron la exploración.

Él triángulo que servía de tronco al dios era tan enorme que se podía andar por dentro de él perfectamente sin que la cabeza tocara en ninguna parte. Ante los codiciosos ojos de los españoles apareció toda la intrincada confusión de piezas de maquinaria destrozada por la violenta caída. Muchas de las cosas que pudieron ver a su alrededor, tenían formas vagamente familiares para Fidel y el profesor Ferrer, ambos expertos en materia de mecánica y electrónica.

- ¡Hola… hola!… -exclamó Ferrer deteniéndose ante un informe amasijo de hilos de cobre, bobinas, filtros y lámparas-. ¿Qué le dice a usted esto, señor Aznar?

- Es un aparato de ondas electromagnéticas -repuso el joven-. En su forma parece distinto a los que nosotros fabricamos y utilizamos, pero su funcionamiento debe de basarse en los mismos principios.

- Ello quiere decir que en algún punto de este continente debe de haber una emisora de energía inalámbrica, ¿no es eso? -preguntó Castillo. Y como sus compañeros afirmaran exclamó-: ¡hombre, no haberlo sabido antes! Nuestros tractores, helicópteros, automóviles y demás maquinaria hubieran podido utilizar este energía de los hombres de cristal cuando tan apurados andábamos de electricidad.

- Sabemos que no existen emisoras de ese tipo en la isla -dijo el profesor-. En cuanto a las que pueda haber por aquí, su alcance no debe superar los trescientos kilómetros en el más favorable de los casos. La isla queda lejos de su radio de acción.

Ferrer volvió entonces su atención hacia otro aparato.

- Un aparato amplificador -señaló-. Esta era "la voz del trueno" a que aludió el ministro Shima durante el desayuno, sin duda alguna.

Prosiguió la exploración por entre el dédalo de maquinaria que casi

llenaba el broncíneo vientre de Tomok. El profesor se detuvo perplejo ante algunas piezas que atraían poderosamente su atención.

- Si esto no es parte de una emisora de televisión no adivino qué pueda ser -murmuró.

Fidel Aznar se arrodilló y removió las piezas tocando aquí y allá con la frente surcada por una profunda arruga de perplejidad.

- Parece un aparato de televisión -murmuró a su vez-. Pero veo por aquí muchas cosas desconocidas

Creo que lo mejor será llevarnos todo lo que podamos a Nueva España para examinarlo allí con más detenimiento.

Fidel se asomó al exterior y vio a Woona sentada sobre un sillar a respetuosa distancia. Ella era natural de este planeta y, según la expresión favorita de Ricardo Balmer, "no estaba todavía bastante desbravada". La confianza ciega que le inspiraba Fidel Aznar luchaba en el corazón de Woona con la poderosa voz de sus atavismos de raza. Para Woona, este acto brutal de derribar a todo un dios de las Tinieblas a tiros no podía acarrear otra cosa que desdichas. Por esto se abstuvo de meterse dentro del cuerpo de Tomok, y aun de acercarse demasiado al destrozado ídolo.

Fidel la mandó a sustituir a los que montaban guardia a la entrada de la acrópolis. Ricardo Balmer, el capitán Fernández y el doctor vinieron a ayudar en el acarreo de maquinaria desde las entrañas de Tomok a las del destructor Navarra, donde el piloto las estibaba de manera que cupieran todas las piezas posibles. La tarea era larga y ardua. El sol calentaba el cuerpo de Tomok y las entrañas del dios parecían un caluroso infierno. Al cabo de dos horas, cuando ya estaban en el Navarra las partes mecánicas de Tomok que más intrigaban a Fidel y al profesor Ferrer, Woona lanzó uno de sus salvajes y agudos gritos anunciando que se acercaba gente.

Dejando a sus compañeros que continuaran en la tarea, Fidel se acercó a Woona y echó una mirada hacia la serpenteante carretera que trepaba por la falda de la Colina Sagrada. Vio a una ingente multitud que salía de Umbita y se lanzaba cuesta arriba hacia la acrópolis. Como navegando sobre el río de cabezas humanas, Fidel Aznar vio venir el palanquín de Tinné-Anoyá rodeado de sus cortesanos, entre los que se vislumbraban también las altas tiaras de los sacerdotes de Tomok. Una enorme sombrilla protegía a la princesa de los rigores del eufórico sol que, indiferente a todo, arrancaba cegadores chisporroteos de las brillantes corazas y yelmos de los soldados. Dos abanicos de grandes plumas se agitaban en torno a la princesa espantando los inoportunos insectos. Sobre la atmósfera empapada de sol flotaba el chillón estrépito de los pífanos reales que encabezaban la comitiva.

- Vienen hacia aquí -dijo Fidel-.- ¿Qué se propondrán hacer?

Durante una hora, la larga serpiente humana se arrastró

perezosamente por el tortuoso camino, desapareciendo a veces detrás de un saliente de la ladera para reaparecer más próxima, con las andas reales balanceándose sobre el apiñamiento de cabezas. Aproximábase el estridente alarido de los pífanos. Los terrestres ocupados en el desguace de la efigie de Tomok dieron fin a su tarea y vinieron a reunirse con Fidel y Woona a la entrada de la acrópolis. Todos volvían a empuñar sus armas, guardando una actitud tranquila y expectativa mientras la doble línea de heraldos y soldados que encabezaban la procesión se aproximaban a paso mesurado.

Al llegar a una respetuosa distancia del grupo de españoles, heraldos y soldados se apartaron a un lado dejando avanzar al palanquín real. Este pasó entre dos filas de lanzas y se detuvo a cinco pasos de los terrestres. Desde lo alto de sus andas, por encima de las cabezas de los españoles, Tinné-Anoyá lanzó una mirada de horror sobre los dispersos pedazos del dios de las Tinieblas. Luego, sus glaucas pupilas se posaron coléricas en Fidel y habló:

- Extranjeros, no encuentro palabras para calificar vuestra infame conducta. Llegasteis ha poco profiriendo palabras de paz… ¿y qué habéis hecho? Tomok, nuestro dios, ha sido insultado, profanado y destruido. La consternación y el dolor inunda nuestros corazones. Habéis sembrado la muerte y el mal a vuestro paso, atrayendo sobre nuestras cabezas las justas cóleras del dios. ¿Quién restituirá su efigie en su pedestal? ¡Ay de nosotros cuando Tomok lance sus espíritus vengadores sobre nuestras tierras! ¡Ay de vosotros, hijos de la Tierra! ¡Marchaos! Volved a Nueva España con vuestro huso volador y vuestras armas infernales… ¡y ojala podáis abandonar también este mundo antes de que Tomok os alcance con su justa cólera!

- No tenemos la menor intención de abandonar este mundo, princesa -repuso Fidel con firmeza-. Volvemos ahora a Nueva España para estudiar las mentiras que Tomok guardaba en su vientre, pero volveremos. Todas las efigies de Tomok serán derribadas de sus pedestales, y su sangriento rito desterrado de vuestros crédulos corazones. Tomok es un dios falso, un mito…

La multitud que seguía a Tinné-Anoyá estalló en u alarido de protesta, iniciando un movimiento de avance que hizo vacilar la primera línea de soldados sacerdotes y ministros. Ricardo Balmer, el capitán Fernández y Woona empuñaron con resolución sus temibles fusiles atómicos.

- ¡No disparéis! -grito Fidel echándoles atrás con un movimiento de mano-. No quiero verter sangre.

Vamonos de aquí.

El grupo retrocedió de espaldas, teniendo encañonados a los indígenas. Estos avanzaron amenazadores según los españoles se retiraban hacia su aeronave. Algunas manos, al amparo del muro de

carne que les protegería de los primeros disparos de los extranjeros, lanzaron una lluvia de piedras sobre Fidel y sus amigos.

Cuando los terrestres hubieron desaparecido en el interior de su aparato, la muchedumbre rompió la línea de corazas que les contenía e invadió profiriendo aullidos la meseta sagrada. Pero nadie osó acercarse demasiado al fantástico huso volador, contentándose con hacer llover sobre él una densa pedrea. El Navarra se elevó zumbando, flotó sobre las cabezas de los indígenas y descendió ladera abajo.

No se marcharon inmediatamente los terrestres, antes de hacerlo recogieron algunas de las cosas salidas de la monstruosa cabeza de Tomok, siguiendo ladera abajo la trayectoria que llevara la esfera y examinando ésta, medio sepultada entre las ruinas de las casas aplastadas por su mole. Luego, el fantástico huso volador subió hacia el cielo y zarpó hacia el Este perdiéndose de vista a los pocos segundos.

CAPITULO V

LA NUEVA AMENAZA

Era pasada la medianoche cuando Castillo y Ferrer llegaron con un par de jóvenes ingenieros al domicilio de los Aznar.

Esta clase de reuniones se repetían de forma regular todas las noches después de cenar, y esto a pesar de que el viejo Almirante Aznar estaba haciendo por aquellos días continuas delegaciones, repartiendo responsabilidades entre sus más capacitados colaboradores, en un claro propósito de librarse del mayor número de funciones.

Sin embargo al Almirante le gustaban estas reuniones, gracias a las cuales podía seguir de cerca la rápida evolución de los hechos más importantes de la colonia.

Todo marchaba bien. La ciudad se ensanchaba y crecía con rapidez vertiginosa, ofreciendo sorprendentes cambios a aquellos que por cualquier causa se ausentaban durante unos días. El Almirante quería ver una ciudad amplia y cómoda, que hiciera borrar de la memoria de sus habitantes el recuerdo de los cuarenta años vividos en los estrechos apartamentos del autoplaneta Rayo, sin más horizonte que las paredes interiores de aquella esfera descomunal viajera del espacio.

Ahora, junto a las amplias avenidas, casitas prefabricadas a base de módulos de hormigón, rodeadas de valla y jardín, iban reemplazando a las toscas cabañas de madera que sirvieron de morada provisional a los colonos en los primeros momentos. El Almirante había insistido mucho en lo de las vallas, a pesar de que estas eran bajas y no

ofrecían ninguna protección frente a supuestos ladrones.

Pero en Nueva España no había ladrones. Las vallas, simplemente, contribuían a crear en los dueños de las casas una idea de propiedad. Cada familia sabía que dentro de aquel recinto sagrado podía hacer lo que le viniera en gana, y que nadie tenía derecho a franquear aquel frágil obstáculo, detrás del cual cada hombre o mujer podían desarrollar su personalidad y emplear su tiempo como mejor le pareciera.

Esto era muy importante en una comunidad donde la personalidad del individuo quedaba necesariamente desdibujada a falta de incentivos materiales. Allí nadie cobraba un sueldo ni recibía recompensa por dura o valiosa que fuese su tarea laboral. Eminencias como Castillo, Ferrer, Valera, Durero y tantos y tantos otros, incluso el propio Almirante Aznar, disfrutaban de las mismas comodidades que el más torpe de la colonia. En su mesa había los mismos alimentos y en igual cantidad.

En este nuevo mundo, el individuo tenía que buscar otros medios para destacarse. El científico, el pintor, el escritor, el director o la estrella de cine, el buen futbolista o el mejor saltador de pértiga, eran individuos destacados que gozaban de las simpatías y la popularidad. Y en el trabajo bien realizado estaba el mejor premio.

Fidel había estado relatando a su padre las incidencias de su viaje al Reino de Saar, y ahora el Almirante se sentía nuevamente preocupado.

- ¡Vaya, ya están aquí! -exclamó el Almirante sin disimular su impaciencia-. ¿Qué demonios les ha entretenido tanto?

- No fue fácil resolver el acertijo -dijo el profesor Ferrer-. Es más, todavía estaríamos rompiéndonos la cabeza, a no ser por la sugerencia de Castillo que nos dio la clave del enigma.

- ¿Se refiere al mecanismo de la televisión? -preguntó Fidel, volviéndose a mirar a Castillo.

- Sentía tanta curiosidad -dijo éste-, que me quedé en el laboratorio viendo a los muchachos romperse la sesera con los chismes sacados del muy honorable estómago de Tomok. Ellos decían que con aquellos aparatos nadie sería capaz de ver nada. Y no estaban faltos de razón, puesto que partían de la errónea base de que los hombres de silicio tienen órgano de la vista igual que el nuestro.

- Es curioso -dijo el Almirante-. Siempre tuve entendido que, cualquiera que fuese la forma de la vida adoptara en otros mundos, el ojo sería el único órgano en el que coincidiríamos con los habitantes de otros planetas.

- No existe contradicción entre la teoría y la realidad -dijo el profesor Ferrer-. Nosotros examinábamos solamente la parte técnica del problema, cuando la verdadera solución estaba en la biología, es

decir, en la particular naturaleza de los hombres de silicio.

- Me intrigan ustedes -dijo el Almirante, hombre de escasa paciencia-. ¿Puede saberse qué ocurrió?

- Mientras los muchachos andaban a vueltas con el destornillador, yo andaba por allí pensando en cosas muy distintas -dijo el profesor Castillo-. Como biólogo me preguntaba de qué forma estarían constituidos los hombres de silicio. Tenía una imagen más o menos real, la propia efigie de Tomok. Pero tenía algo más cerca, los animales en forma de esfera que tanto nos sorprendieron cuando desembarcamos en este planeta. Me dije que tenía que existir cierto grado de parentesco entre animales de silicio y seres inteligentes de silicio, de la misma forma que existe un elevado grado de relación entre un hombre y cualquier animal de la Tierra. Relación en los órganos de la vista y el oído, el aparato digestivo, la sangre y los músculos…

- Adelante, Castillo, no se interrumpa -dijo el Almirante-. ¡Y por Dios, procure ser breve!

- Bueno, sabemos que los animales esfera no respiran, que son sordos y mudos… ¿Mudos? Digamos mejor que no están capacitados para emitir ningún sonido. Pero hemos comprobado que da alguna forma se comunican sus impresiones entre sí. Su corazón rojo, que es también su órgano de la visión, tiene la propiedad de emitir destellos luminosos a través de su envoltura traslúcida exterior. Si los animales esfera expresan su temor y su cólera por medio de guiños luminosos, existían muchas probabilidades de que el Hombre de Silicio, una especie superior, hubiese ordenado y clasificado esos destellos luminosos para formar con ellos una especie de lengua, donde las ideas se expresan más o menos como en alfabeto Morse.

- Una deducción muy acertada, profesor -aprobó el Almirante-. Sin embargo, sabemos que los hombres de silicio hablan a los indígenas. Les hablan no sólo con sonidos, sino con su propia lengua. ¿Cómo explica usted esto?

- Muy sencillo, Almirante. Los hombres de silicio no pueden emitir ni percibir sonidos. Son sordomudos. Pero pueden VER NUESTRAS PALABRAS.

- ¿Ven nuestras palabras? -murmuró el Almirante sin comprender.

- Gracias al empleo de la técnica, claro está -dijo aquí el profesor Ferrer-. Utilizando un oscilógrafo podemos medir la variación de potencial de cualquier sonido articulado. De hecho nosotros utilizamos ese sistema en nuestros aparatos traductores de idiomas. Los Hombres de Silicio son seres inteligentes, tienen un cerebro despierto y saben utilizarlo. Al llegar a la superficie de este planeta debieron comprender que existía a su alrededor una rica gama de sonidos que ellos eran incapaces de oír. La curiosidad debió impulsarles a hacer

experimentos, hasta descubrir que el sonido es una vibración, y que estas vibraciones pueden traducirse a ráfagas luminosas de potencial variable. La base de la estructura del equipo sonoro, a descubiertos en las entrañas del dios Tomok, es un simple oscilógrafo. Los Hombres de Silicio, como nosotros, construyeron una máquina traductora sobre este principio. Aprendieron a interpretar las oscilaciones de una lámpara eléctrica activada por las voces de los indígenas. Y a la recíproca, lograron construir un aparato que traduce en sonidos las oscilaciones de luz de su ojo luminoso.

- Un brillante trabajo sobre simples deducciones, profesor -aprobó el Almirante-. Sin embargo, ¿qué quería decir con aquello de que no era posible ver nada con el sistema de televisión que utilizan los Hombres de Silicio?

- La cámara de televisión que los Hombres de Silicio tenían instalada en la efigie de Tomok traía desconcertados a nuestros técnicos. Tenía que ser de ese modo, ya que los ojos que veían a través de ella son distintos del ojo humano.

- ¡Hola! -exclamó Fidel Aznar-, Eso no deja de ser curioso, porque si las criaturas de silicio no oyen como nosotros, en cambio tenemos evidencias de que ven las mismas cosas.

- Las ven, desde luego, pero bajo una luz distinta. Al menos aquí, en la cara exterior del planeta, sólo ven de una forma vaga e imprecisa.

- ¿Quiere decir que son cegatos?

- En pleno día, bajo el sol que a nosotros nos deslumbra, los Hombres de Silicio y las bestias de silicio se mueven entre una luz crepuscular. La razón está en que su ojo está acondicionado para ver bajo los rayos ultravioleta. El Sol, que a nosotros nos ilumina tan brillantemente, emite también rayos ultravioleta Pero estos llegan a nosotros muy atenuados por la envoltura gaseosa que conocemos por atmósfera.

- ¡Sorprendente! -exclamó Fidel-. ¿De modo que las criaturas de silicio sólo ven bien bajo los rayos ultravioleta? Si es como usted dice, su mundo debe ser bien extraño. ¿Cómo se lo imagina usted, profesor Castillo?

- Realmente es difícil de adivinarlo -dijo el sabio acariciándose el lóbulo de la oreja-. Sabemos que la Naturaleza no hace nada sin un fin justificado. Si en el interior de este planeta no existiera una fuente natural de luz ultravioleta, las criaturas de silicio no habrían surgido a la vida adaptadas para captar esa luz. Los rayos ultravioleta, que pueden llegar a ser mortales para nosotros, engendraron y desarrollaron un mundo de silicio en unas condiciones ambientales que difícilmente podemos imaginar.

- Dígame, profesor -preguntó el Almirante-. ¿Puede existir allí un sol ultravioleta?

- Hemos calculado que el hueco interior del planeta mide alrededor de diez mil kilómetros de radio. A esa distancia es difícilmente concebible la presencia de un núcleo sostenido en un campo neutro de fuerzas, irradiando luz y calor como un pequeño astro. El profesor Valera, con quien he comentado algunas veces este problema, cree más bien que existe alguna clase de fenómenos electromagnéticos, de características parecidas a las auroras boreales de la Tierra, que alumbra aquel extraño mundo.

- Los indígenas llaman a ese mundo el Reino de las Tinieblas, de donde parece deducirse que allí reina la oscuridad más absoluta -apuntó Fidel.

- Lo que parece oscuridad para nosotros debe ser radiante claridad para las criaturas de silicio, con su órgano de la vista adaptado para la percepción de los rayos ultravioleta.

- Allí habrá aire, supongo -dijo pensativo el Almirante Aznar.

- Si existe una atmósfera será de aire muy rarificado -dijo el profesor Ferrer.

- ¿Una atmósfera tenue? -preguntó Fidel-. ¿Por qué no al contrario? Si aquel inmenso huevo está comunicado con el mundo exterior por innumerables galerías, como parece ser, el peso de la atmósfera exterior debe gravitar sobre los habitantes del Reino de las Tinieblas ejerciendo una presión tres o cuatro veces superior a la normal en la superficie exterior del planeta.

- Debería ser así, de no existir una circunstancia por demás curiosa. ¿Cómo actúan las fuerzas de gravedad sobre un objeto situado en la cara interior de este mundo hueco? Este planeta es como un coco. Tiene una corteza de quinientos kilómetros de espesor por término medio y un espacio vacío de veinte mil kilómetros de diámetro en su interior. Un hombre que estuviera de pie por el lado de dentro de la corteza tendría bajo sus plantas la masa de quinientos kilómetros de espesor tirando de él. A su alrededor tendría otras masas, y más de la mitad de

la masa del planeta sobre su cabeza, sólo que a una distancia muy grande. La masa que le rodearía por los lados y por arriba se equilibraría con la masa que tiene directamente bajo sus pies, y entonces el hombre situado en aquella latitud NO PESARÍA NADA. Las fuerzas de gravedad quedarían anuladas, y una piedra lanzada con fuerza desde la superficie interior del planeta debería llegar hasta el centro del

espacio vacío, donde se encuentran y equilibran todas las fuerzas.

- ¿Quiere decir que no existe fuerza de gravedad allí abajo? -preguntó Fidel sorprendido.

- Esto es lo que nos dicen, las leyes de la Física.

Sin embargo hay una particularidad digna de tenerse en cuenta. El

globo de Redención tiene casi el doble de diámetro que la Tierra, a pesar de lo cual da una vuelta completa sobre su eje en sólo dieciséis horas. Éste giro tan rápido debe crear una fuerza centrífuga contra las paredes del interior del planeta, que restablecerán hasta cierto punto la falta total de gravedad. Esta fuerza centrífuga alcanzará su valor máximo a todo lo largo de la línea del ecuador donde el globo gira más aprisa, e irá en disminución a medida que nos alejamos del centro, siendo nula en los polos. En consecuencia habrá una franja de gravedad máxima a lo largo del Ecuador interno, y dos zonas, a un lado y otro, donde la fuerza de gravedad irá en disminución progresiva hasta no existir prácticamente en los polos. Si hay agua en aquel mundo, Sus mares deberán estar concentrados a lo largo de esta franja de máxima gravedad. Y en cuanto a la atmósfera, por las razones aducidas, no debe ejercer una presión que un ser humano no sea capaz de soportar.

- ¡Vaya un mundo curioso! -murmuró el Almirante pensativamente-. Naturalmente, los humanos como nosotros no podrán sobrevivir bajo los rayos ultravioleta.

- Eso es seguro. Sólo protegidos con trajes especiales podremos entrar allí -dijo el profesor Castillo.

- Luego las víctimas que periódicamente reclama ese falso dios no son utilizadas como esclavos. Se les morirían en aquel ambiente extraño. ¡Se los comen DE VERDAD!

Todos guardaron silencio. El Almirante descargó su puño sobre la mesa.

- Tenernos que hacer algo -dijo con voz irritada-. No podemos permanecer cruzados de brazos mientras veinte mil seres humanos, empujados por el fanatismo y la ignorancia se dirigen resignados hacia una muerte estúpida.

- ¿Quiere que emprendamos ahora mismo una expedición al centro del planeta sin saber lo que nos aguarda allí? -preguntó el profesor Ferrer.

- Tenemos el deber moral de salvar a esa gente. Si fuera necesario iríamos hasta el centro mismo del Reino de las Tinieblas. Pero tal vez no sea necesario. Debe de haber algún medio de impedir que esos insensatos indígenas entren en aquel mundo.

Dijo Fidel:

- Tinné-Anoyá y su gente aseguran que los "espíritus" de Tomok brotarán del seno de la tierra para castigarles si la remesa de carne humana no llega puntualmente a su destino.

- Bien, muy bien -dijo el Almirante-. Esperaremos a que los "espíritus" broten del seno de la tierra y les sorprenderemos con un caluroso recibimiento.

- No confío yo en tal sorpresa -dijo Fidel-. Los Hombres de Cristal

saben ya nuestra presencia. Nos han visto a través de la cámara de televisión que la esfinge de Tomok tenía alojada en su cabeza. Si son tan inteligentes como creemos, antes de atacarnos se esforzarán por adquirir información respecto a nuestro número y potencial bélico.

- Tanto mejor, eso nos concederá una tregua -dijo el Almirante-. Sean cuales sean las consecuencias vamos a impedir que los indígenas tomen el camino del Reino de las Tinieblas. Fidel, mañana te dirigirás al Reino de Saar al frente de la flotilla de destructores.

Poco después los profesores Castillo, Ferrer y los ayudantes de éste abandonaban la reunión. El Almirante se retiró a su habitación y la señora Aznar y Woona retiraron los servicios de té que había desparramados sobre la mesa.

La atmósfera del salón estaba cargada y Fidel fue a abrir la ventana, permaneciendo unos minutos acodado en ella.

Muchas noches, después de un día de febril trabajo, cansado y soñoliento, Fidel Aznar venía a asomarse a esta ventana para contemplar la dormida ciudad y tejer con los hijos de su fantasía la trama del nuevo, grande y poderoso Imperio soñado por su padre. Las cosas marchaban francamente bien para los desterrados de la Tierra, tras haber salvado con valentía y tesón los obstáculos de los primeros momentos. Cada noche, al hacer recuento de la labor de la jornada, Fidel Aznar sentíase satisfecho del presente y confiado en el futuro. Los indígenas de la altiplanicie, atraídos por la abundancia de alimentos de la llanura, habían bajado de sus montañas después de ser aniquilados los hombres esfera y entablaban conocimientos con las diabólicas máquinas de los terrestres. Su colaboración no era todavía muy eficaz, pero aquella gente era despierta de inteligencia, naturalmente curiosa y especialmente predispuesta a aprender cuanto se les enseñaba. Fidel veía ya cercano el día en que indígenas y españoles, unidos por fusión de sus sangres en un sólo y gran pueblo, formarían aquel estupendo imperio, redentor,

Pero estos sueños de Fidel veíanse ahora amenazados por unas criaturas de mentalidad superior y constitución muy distinta a la humana. Mirando a la dormida ciudad, Fidel Aznar sentía vacilar su espíritu cual si una sombra fría acabara de cubrir como un manto espeso el titilar de la luz de su esperanza. Bajo sus pies, a miles de metros de profundidad, una humanidad desconocida movíase en un ambiente extraño creando el más estremecedor de los enigmas. Era cosa fácil imaginarse el aspecto de las criaturas de silicio después de haber visto la efigie de Tomok. ¿Pero quién sería capaz de penetrar en estos exóticos cerebros ni en los arcanos de un alma de silicio? ¿Qué grado de civilización habrían alcanzado estos seres extraordinarios mientras los hombres de carbono que vivían a corta distancia de ellos se encontraban todavía en plena Edad de Bronce? ¿Cómo

reaccionarían al verse enfrentados con unos hombres supercivilizados, hijos del viejo planeta TIERRA?

Escuchando en el silencio de la noche el imperceptible rumor de 5.000 respiraciones acompasadas, Fidel Aznar experimentaba en su corazón la angustia propia de las grandes incertidumbres.

CAPITULO VI

RIO TENEBROSO

El sol andaba bastante alto sobre el horizonte cuando los destructores Navarra, Galicia, Aragón y León, después de volar más de 4.000 kilómetros sobre el océano, sobrevolaron las costas de Saar. El territorio de Saar era un país vastísimo, separado por una alta cordillera del resto del continente; un río muy caudaloso: el río Tenebroso, surcaba el país de Oeste a Este constituyendo la principal arteria de las comunicaciones, el comercio y la vida del país.

Innumerables afluentes, bajando a derecha e izquierda de las montañas, venían a desaguar en río Tenebroso acrecentando su ya considerable caudal. Río Tenebroso era navegable casi hasta sus mismas fuentes, y casi todos sus tributarios lo eran también en parte o en su totalidad. Río Tenebroso, después de serpentear a través dé más de 3.000 kilómetros, venía a desembocar en un lago, junto al cual se levantaba la capital del reino. De este remanso, río Tenebroso pasaba a desembocar en el mar a unos 900 kilómetros de Umbita. Pero a partir de Umbita, el río dejaba de llamarse Tenebroso. No todas sus aguas iban a verterse en el mar. Un pequeño brazo se desgajaba del lago, tomaba la dirección Sur e iba a desaparecer, tragado por la tierra, en le Gruta Tenebrosa. Este era el verdadero río Tenebroso, y por esta ruta, navegando centenares de kilómetros por los afluentes hasta llegar al primario, era por donde se internaban, camino del sacrificio, las víctimas inmoladas en honor a Tomok, el rey de las Tinieblas.

En su vuelo sobre el río Azul, desde su desembocadura en el mar hasta el lago de Umbita, Fidel Aznar y sus compañeros pudieron ver una larga fila de canoas que, a golpe de remo, ascendían la corriente hacia la capital. Los tripulantes de estas canoas primitivas, fabricadas con enormes troncos de árbol vaciados a golpe de hacha, se adornaban las cabezas y los hombros con coronas y grandes collares de flores. Navegaban cerca de la orilla derecha, y cada vez que pasaban ante uña aldea se les unían otras canoas repletas de hombres y mujeres con los mismos adornos. Los que quedaban en la orilla saludaban a los que partían agitando los brazos en el aire, como si se despidiesen de unos seres queridos a los que no volverían a ver más.

Y así ocurriría en realidad. Aquellos hombres y mujeres que remaban pausadamente aguas arriba del río Azul iban a unirse al cortejo fúnebre que, procedente de todos los puntos del territorio, se reunían en el lago de Umbita para tomar la ruta tenebrosa hacia las mandíbulas de Tomok.

Adelantando a la procesión acuática, volando sobre inmensas selvas y pequeños poblados rodeados de campos de labor, los cuatro destructores llegaron a la vista del lago de Umbita, de la capital del reino y de la Colina Sagrada. Tripulaban el destructor Navarra los mismos personajes del día anterior, a excepción del profesor Ferrer que había quedado en la colonia siendo sustituido por Verónica Balmer, hermana de Ricardo.

Tanto había insistido Verónica en acompañar a la expedición, ansiosa de curiosear las extrañas costumbres de los indígenas del continente, que Fidel había accedido a llevarla consigo, juntamente con Woona. Ahora, al llegar en vuelo reposado sobre la capital, Verónica insistió en echar una mirada más arriba del lago, sobre el ya famoso río Tenebroso.

La ciudad parecía estar en grandes fiestas. La meseta de la Colina Sagrada estaba completamente desierta. Todo el gentío habíase trasladado a orillas del lago, concentrándose en una playa que tenía tres kilómetros de extensión. Una muchedumbre en la que predominaba el color blanco y gris hormigueaba sobre las rubias arenas, formando aquí y allá anchos corros de danzarines que se adornaban con coronas y collares de flores. Batían sin cesar los tambores, animando a los que bailaban. Bajo los grandes árboles contiguos a la playa se celebraban grandes banquetes de despedida a las víctimas de Tomok. Largas filas de hombres cortaban y acarreaban troncos de árbol desde el bosque a la playa para construir grandes almadías, plataformas flotantes que serían utilizadas para los peregrinos.

- Es asombroso -murmuró Verónica Balmer mirando hacia la playa-. Diríase que estas gentes sienten gran alegría por su trágico destino.

- No lo crea -opuso el profesor Castillo-. Nadie puede sentir alegría ante la muerte, y menos aún ante una muerte horrible, injusta e involuntaria. Este pueblo puede haber acabado por aceptar con resignación su fatal destino. Están, sin duda, familiarizados desde niños con la idea de que, más pronto o más tarde, la suerte ciega les señalará con el dedo para lanzarlos entre las mandíbulas de Tomok, pero no pueden sentirse felices ante este sangriento final. Sobre todo porque aquí, el rico se diferencia del pobre en que puede comprar incluso su vida.

- ¿Es que los ricos de este pueblo no son sacrificados a Tomok?

- Los ricos según tengo entendido, entran también en el sorteo, pero

el rito de esta deidad caníbal no exige que se sacrifique precisamente el que designa la suerte. Uno puede salvar el pellejo mientras tenga a quien enviar en su lugar, ya que lo que cuenta es el número y no la calidad de las víctimas. Parece ser que estas gentes pasan la mayor parte de su tiempo haciendo incursiones por los países vecinos para capturar esclavos. Quien tiene un esclavo puede mandarlo en su lugar cuando le toque la vez de comparecer ante Tomok, o si no lo tiene lo compra. Sólo los más pobres, los que no tienen esclavos ni dinero para comprarlo, son los que emprenden la ruta tenebrosa hacia el reino de las Tinieblas.

- ¡Qué injusticia más horrible! -protestó Verónica.

- La historia de la humanidad, en cualquier latitud está llena de esta clase de injusticias, señorita Verónica -repuso gravemente Castillo.

El Navarra, seguida de los destructores Galicia, León y Aragón, dejó atrás la capital de Saar y voló sobre el río Tenebroso siguiendo su curso hacia el Oeste. A pocos kilómetros de distancia de lago vieron los terrestres una flotilla de canoas y almadías repletas de gente que descendían aguas abajo rodeada de flores deshojadas, de ramos flotantes y coronas. Era la avanzadilla de la larga procesión fluvial que vertería su contenido humano sobre el lago Umbita para emprender a continuación el camino de la Gruta Tenebrosa.

Poco más tarde, desde mil metros de altura veían una segunda flotilla descender por uno de los afluentes del río Tenebroso. Luego, la hilera de canoas y almadías se hizo tan nutrida que formaba un cordón casi sin interrupción aguas abajo del caudaloso río. Por la derecha y la izquierda, nuevas flotas se unían a la procesión engrosándola. Todas estas flotillas navegaban rodeadas de grandes extensiones de flotantes flores. Desde las orillas los indígenas saludaban a estas víctimas de Tomok con gritos y canciones, nutriendo las claras aguas del río con nuevas lluvias de flores.

- Volvamos atrás -dijo Fidel-. Hemos de detener a estos desgraciados en Umbita.

La escuadrilla viró en redondo y volvió aguas abajo hacia el lago dando alcance a la larga procesión fluvial. Desde sus balsas y canoas, los indígenas alzaban sus cabezas hacia estos extraños humanos voladores dando muestras de gran extrañeza. La vanguardia de la formación quedó atrás y el Navarra llegó a la vista de la playa donde estaban celebrándose los bailes. Fidel dio instrucciones por radio a los demás destructores para que acuatizaran con él sobre las aguas del lago, enfrente de la playa.

Mientras los aparatos descendían sobre el lago, Fidel se enfundó en su sólida armadura de titanio y cristal, aconsejando a sus compañeros que le imitaran.

- ¿Crees que nos recibirán de mala manera? -preguntó Verónica.

- Seguro. Ayer nos despidieron a pedradas, y hoy pueden recibirnos a flechazos. Lo más prudente es bajar bien preparados.

Los cuatro destructores se posaron suavemente sobre el lago y navegaron a poca velocidad hendiendo las aguas con sus afiladas proas hasta encallarlas en la playa. Abandonando sus danzas y echando a rodar sus tambores, los indígenas corrieron por la playa y se metieron en el lago con agua hasta los sobacos para amenizar a las aeronaves con puños y lanzas.

Fidel Aznar se ciñó al cinto la pistola eléctrica, tomó unas bolas blancas y abrió la portezuela. Una espantosa gritería saludó la aparición del terrestre. Los indígenas que rodeaban la proa de la nave encallada retrocedieron no obstante cuando Fidel salto al agua seguida de sus compañeros. La ola humana se echó atrás, pero una nube de flechas y lanzas arrojadas por manos diestras cayeron en torno a los españoles o rebotaron sobre sus impenetrables armaduras.

Fidel y sus amigos, con agua hasta las rodillas, salvaron la corta distancia que les separaba de la playa y hollaron las rubias arenas. Su invulnerabilidad pareció impresionar a los indígenas tanto como su imponente aspecto. Los terrestres avanzaron y la marea humana retrocedió dejando una ancha faja de terreno libre ante ellos.

A la linde del bosque había media docena de tiendas de campaña sostenidas por largas lanzas. Por el palanquín, aún antes de ver a la princesa, Fidel comprendió que se trataba del campamento real. • Al acercarse, a las tiendas, los umbitanos" siguieron retrocediendo hasta introducirse en el bosque. La playa quedó sembrada de lanzas y flechas, Tinné-Anoyá, pálida y hermosa en su cólera, salió al encuentro de los terrestres, seguida a unos pasos de distancia por Shima y algunos más de sus ministros y jefes de armas.

- ¡Salud, princesa! -saludó Fidel alzando una mano.

Tinné-Anoyá dio muestras de intranquilidad, no reconociendo a Fidel por la voz de su tornavoz ni a través del cristal azulado que le cubría la cara.

- Soy Fidel Aznar, el hijo de la Tierra que ayer tuvo el honor de compartir tus alimentos -dijo el terrestre-. Te dije que volvería y aquí estoy.

- ¿A qué has venido, extranjero? -interrogó Tinné altanera-. ¿No, has causado ya bastante daño a este pueblo que ningún daño os hizo? ¿Qué buscas ahora?

- He venido a impedir la consumación de vuestro estúpido sacrificio, a salvar a esas veinte mil víctimas de la muerte.

- Nadie podrá impedirlo -afirmó Tinné-. Vuelve a tu territorio, extranjero. Nadie te ha pedido que salves a los elegidos de Tomok. El dios los ha llamado a su lado y los elegidos deben acudir.

- No seas obcecada, Tinné. Tomok es un dios falso. Lo que vosotros

llamáis "espíritus" de Tomok son unas simples criaturas mortales como tú y como yo, aunque por ser de una materia distinta no se parezcan, a nosotros absolutamente en nada. Esas criaturas, más inteligentes y cultas que vosotros, os han atemorizado con una serie de prodigios que, como los que ayer me viste realizar ante tus ojos, nada tienen de sobrenaturales. Créeme, princesa. El poder de los hombres de cristal no es mayor que el nuestro y, enfrentados ellos y nosotros, les venceremos con el peso de nuestras armas… No consientas que esos veinte mil desgraciados emprendan el camino de la muerte. Si los hombres de cristal vienen personalmente a cobrar su tributo humano, nosotros les aniquilaremos y nunca jamás volverán a exigirnos víctimas.

- Tinné-Anoyá miró a Fidel con expresión de asombro.

- Conozco tu poder sólo por las cosas que me cuentas, y el de Tomok por la historia de mis antepasados escrita en muchos pergaminos. Sabemos cómo se venga Tomok en los rebeldes, y por nada del mundo osaríamos atraer sobre nuestras cabezas los rayos de su cólera. Déjanos en paz, extranjero. A ti, ¿qué te importan nuestro asuntos? Los elegidos de Tomok van a emprender el camino tenebroso. Nadie podrá detenerlos.

- Yo los detendré -aseguró Fidel-. Bloquearé con mis naves la entrada de la gruta y nadie podrá pasar adelante.

Tinné-Anoyá miró sobre el hombro a Fidel a los cuatro ¿estructures y sonrió sin decir palabra. Esta sonrisa y la expresión irónica de las glaucas pupilas de Tinné desagradaron extraordinariamente al terrestre.

- ¿Qué me contestas a esto? -preguntó impaciente.

- Nada -repuso la princesa-. Y volviendo sus espaldas a Fidel fue a reunirse con sus ministros y cortesanos.

Al quedar solos los españoles en la playa, volvió a caer sobre ellos una lluvia de lanzas y de flechas. Un grupo de indígenas, envalentonados por la actitud pacífica de los hombres de hierro, se acercó formando un círculo alrededor. Fidel, irritado, les tiró las bolas que llevaba en la mano. Eran.gases lacrimógenos. Los indígenas se pusieron en fuga tosiendo y llorando, pero una ligera brisa barrió en seguida los gases y los adoradores de Tomok volvieron, apedreándoles entre gritos e insultos.

- Estos idiotas ya me están agotando la paciencia -gruñó Ricardo Balmer-. Hacen indiscutibles méritos para que les envíe una docena de proyectiles atómicos.

- Nadie disparará ni una pistola eléctrica contra esta gente -refunfuñó Fidel-. Hemos venido a salvarles de los hombres de cristal, no a matarles.

En este momento desembocó en el lago la vanguardia de la flota

fluvial que descendía el río Tenebroso. Los tripulantes de las canoas y almadías saludaron con gritos a los umbitanos. Estos contestaron con un aullido gutural. Entre los árboles empezaron vibrar los tambores y, respondiendo a su llamada, una turba vociferante irrumpió del bosque cubriendo la enorme playa en una incontenible ola de carne que se abalanzó sobre las canoas y almadías varadas en la arena y las boto al agua.

Los terrestres fueron rodeados y rebasados por este alud humano. Los indígenas ya no se ocupaban de ellos, sino de embarcar a las víctimas de Tomok. Muchas de éstas eran esclavos maniatados en cuyas pupilas se leía el horror que les causaba su inmediato y trágico fin. Los umbitanos les metieron a viva fuerza en las canoas y almadías. Inesperadamente apareció junto a los terrestres el ministro de justicia, Shima, con una corona de flores en torno a la cabeza y otro florido collar sobre los hombros. Iba hacia el lago con evidente propósito de embarcarse también. Fidel le asió de un brazo y le detuvo.

- ¿A dónde vas, Shima?

- Voy a emprender la ruta tenebrosa, extranjero.

- ¡Cómo! ¿También tú? ¿Tan pobre eres que no puedes comprar un esclavo?

- Soy rico -resupo Shima impacientado, mirando hacia el lago-. Si voy al encuentro de Tomok es por vuestra culpa. Para que alguien con autoridad apaciguara las cóleras de Tomok contándole la verdad de lo ocurrido ayer sobre la Colina Sagrada, sorteamos entre los altos jerarcas para ver quién le correspondía llevar nuestro mensaje de fidelidad a Tomok. La suerte recayó en mi persona.

Shima hizo un movimiento hacia el lago, donde empezaban a flotar almadías y canoas repletas de gente.

- ¡Espera! -dijo Fidel reteniéndole-. ¿A qué tanta prisa? ¿No son los umbitanos los últimos en emprender la ruta tenebrosa?

- Esta vez no. Como Tomok ha sido afrentado por no impedir vuestro sacrilegio, los umbitanos abriremos la marcha. Debo llegar de los primeros para referirle a Tomok lo ocurrido a su divina efigie.

- ¡Estúpido! ¿Pero crees que esos horribles monstruos te darán la menor oportunidad de hablarles? -rugió Fidel.

Shima le miró con odio, desasióse de un tirón de la garra del terrestre y echó a correr hacia la playa. Esta vez no intentó detenerle Fidel, quien volvió sus ojos hacia el lago para presenciar durante unos minutos, sombrío y silencioso, el extraordinario bullicio reinante en la playa. Allí, muchas balsas flotaban ya rodeadas de un ondulante tapiz de flores. Los que se iban despedíanse de los que quedaban con grandes gritos y recomendaciones de última hora. Los de la playa vociferaban y se agitaban acompañándoles lago adentro hasta que el agua les llegaba a los hombros. Muchos de los inmolados estaban

completamente borrachos, y sus familiares y amigos tenían que ayudarles a embarcarse. Lindas muchachas en flor de de la juventud, designadas para el sacrificio con el inexorable dedo de la fortuna, abrazábanse llorando a jóvenes contritos y graves; sus novios tal vez. Las madres despedíanse de los hijos talludos, y los padres de sus esposas y la caterva de niños que, con expresión de asombro y aturdimiento, se apiñaban en la playa sin comprender en ley de qué ineludible deber perdían al autor de sus días.

No todos se mostraban tristes, sin embargo. Por el contrario, era mayor el número de los que aceptaban el sacrificio de sus vidas con resignación fatalista, mostrando gran serenidad en los últimos instantes, como si largos años de esperar la llamada fatal les hubiera familiarizado con la idea de tener que abandonar todo lo terreno para servir de pienso a los diabólicos hombres de cristal. Gran parte de la flota estaba ya navegando a la altura de la playa hacia el río Tenebroso, unida a las embarcaciones procedentes del interior que desembocaban cada vez en mayor número en el lago de Umbita.

- Bueno- farfulló Fidel-. Vamos hacia la gruta. Nada nos queda por hacer aquí.

El grupo alcanzó el lago, se metió en él con agua hasta la cintura y se introdujo en el destructor Navarra. La escuadrilla alzó inmediatamente el vuelo y puso tumbo al Sur, siguiendo desde poca altura el curso del río Tenebroso, por donde navegaban ya algunas canoas y almadías rodeadas de un flotante tapiz de flores.

No era larga la distancia. Dos kilómetros más abajo de Umbita. el río desembocaba en una segunda laguna, uno de cuyos lados estaba formado por un enorme acantilado de basalto. Bastó a Fidel una sola mirada a este acantilado para comprender la enigmática sonrisa de Tinné-Anoyá al decirle él que bloquearía la entrada a la gruta con sus aeronaves. La Gruta Tenebrosa no tenía una sola y angosta entrada como Fidel había supuesto, sino diez o doce. Todo el acantilado parecía estar hueco, alojando en sus entrañas parte de la laguna formada a su sombra.

- ¡Válgame Dios! -exclamó el capitán Fernández-. ¡No vamos a poder cubrir todas las bocas!

- Fuimos unos tontos al no explorar antes esta gruta -refunfuñó Fidel-. De haberla visto antes hubiéramos traído algunos explosivos atómicos para volar el acantilado entero.

Por una ironía de la era supermodernizada que había producido estos destructores intersiderales, maravilla de la técnica, Fidel Aznar se encontraba ahora ante la imposibilidad de cegar aquella gruta, cosa muy sencilla de realizar con una simple bomba atómica o, a falta de ésta, con unos cuantos proyectiles-cohete de carga nuclear. Pero los destructores no llevaban cañones de este tipo. Su armamento consistía

en proyectores de "Rayo Z", dardos eléctricos con las mismas propiedades penetrantes de los rayos Láser y que sometían a los metales a una vibración tan violenta que dispersaba sus moléculas en breves segundos.

Para los modernos destructores intersiderales, creados para combatir en pleno vacío cósmico a terribles velocidades, un cañón que disparara proyectiles atómicos era un arma completamente inútil. Ningún proyectil salido de un cañón, ni siquiera un proyectil dotado de alta velocidad, podía competir en rapidez con los 300.000 kilómetros por segundo (la velocidad de la luz) con que se propagaban los mortales "Rayos Z". Los mismos destructores eran tan veloces como un proyectil cohete de carga nuclear, con la ventaja de poder ir muchísimo más lejos. Únicamente las "zapatillas volantes", pequeños y meteóricos aviones de caza, iban armados con dos cañones lanzacohetes de carga nuclear para objetivos situados en tierra firme en vuelo raso. Pero las "zapatillas volantes" estaban en la colonia, a más de 4.000 kilómetros de distancia, y la flotilla de devotos del dios de las Tinieblas se acercaba rápidamente a la laguna.

- ¿Y si probáramos a hundirla con nuestros fusiles atómicos? -propuso el Capitán Fernández.

Las posibilidades de derrumbar aquella masa roqueña con los diminutos proyectiles atómicos eran muy remotas, pero no costaba nada probarlo. Fidel ordenó maniobrar al Navarra hasta quedar de costado y a respetable distancia del acantilado, abrió la portezuela y, echándose el fusil a la cara, disparó una corta ráfaga contra las bocas de la pavorosa gruta.

Un puñado de cegadoras llamaradas azules se abrió en un corto sector del gigantesco acantilado. Volaron enormes pedazos de roca y estalactitas que pesaban varias toneladas. Colosales bloques de basalto se desprendieron de lo alto chapuzándose en el lago con gran estruendo, alzando surtidores de agua de 20 metros de altura. Pero cuando Fidel dejó de disparar y miraron hacia el acantilado vieron que nada había conseguido, excepto agrandar una de las bocas de la gruta.

- Es inútil -murmuró Fidel con acento irritado-. Ese acantilado es de formación volcánica, y el basalto demasiado duro para nuestros proyectiles de pequeño calibre.

- Bien -suspiró Verónica-. En tal caso, ¿qué podemos hacer para impedir que estos desgraciados vayan al encuentro de Tomok? ¿Hundirles las canoas y almadías a tiro?

- ¿Que diferencia hay entre que les matemos nosotros o. que los devoren los hombres de cristal? -preguntó Fidel-. Vedlos, ya están desembocando en la laguna. Nadie les detendrá. Amenazarles de muerte cuando van en busca de ella es estúpido; incluso es muy

probable que prefieran morir a nuestras manos que a las de Tomok, y nosotros no podemos convertirnos en verdugos de veinte mil desdichados.

Desde la altura en que se encontraban, los, terrestres miraron hacía el río Tenebroso que, con sus 400 metros de anchura, vertía en el lago los primeros tapices de flotantes pétalos.

- Sólo podemos hacer una cosa -dijo Fidel. Y todos los ojos se volvieron hacia él-. Vamos a llamar por radio a las "zapatillas" y a meternos dentro con esa gente.

- ¿Entrar en el reino de las Tinieblas? -preguntó Woona estremeciéndose de pies a cabeza.

- ¿Por qué no? -apoyó Ricardo Balmer-. Una vez u otra tendremos que hacerlo y la oportunidad es magnífica. Podemos acompañar a los adoradores del dios en su peregrinación, y cuando los hombres de cristal salgan de sus madrigueras para cogerlos… ¡zis zas! Les hacemos polvo con nuestros fusiles atómicos. Esto convencerá a los indígenas de que los tales "espíritus" son unos farsantes.

El grupo contempló pensativamente a la flotilla indígena próxima a desembarcar en la laguna.

- Bien -dijo el profesor Castillo-. Por mí que no quede. Siento una tremenda curiosidad por ver cómo son esas criaturas de silicio y echar una mirada sobre su extraordinario mundo.

CAPITULO VII

HOMBRES DE CRISTAL

Mientras la flotilla se dejaba caer sobre el lago Fidel Aznar utilizaba la radio para comunicar con el autoplaneta Rayo, situado en una órbita de satélite a 2.000 kilómetros de altura. En el Rayo, el profesor Julio Valera, acudió al aparato. Fidel le dio cuenta de su resolución y añadió:

Ignoro las sorpresas que nos aguardan allí dentro, pero es fácil colegir qué este río no llega hasta el mismo centro del planeta, o bien sigue un camino muy largo y tortuoso, difícil, si no imposible de seguir con nuestros destructores. Envíeme acá las escuadrillas de "zapatillas volantes" con sus tripulaciones equipadas con armaduras de vacío y bombonas de oxígeno, linternas eléctricas y provisiones para varios días.

Valera prometió hacerlo y Fidel cortó la comunicación para escuchar al profesor Castillo. Creía el eminente científico que los Hombres de Silicio recogerían a sus víctimas en un punto no lejano de la gruta. Dada la naturaleza de carbono, era lógico suponer que los hombres de silicio pondrían sus víctimas a salvo de su terrible sol

guardándolos en lugares donde su vida pudiera prolongarse algún tiempo, consumiéndolos luego poco a poco según sus necesidades. El hecho de haber observado qué los indígenas llevaban en el fondo de sus canoas algunas provisiones corroboraba la teoría del profesor. Aquellas provisiones, o estaban destinadas para nutrir a los peregrinos a través de un largo viaje o bien a alimentarlos mientras esperaban, hacinados en una gruta enorme, a que los caníbales hombres de silicio los fueran sacando para su macabra alimentación.

Mientras Castillo exponía sus ideas, la escuadrilla navegaba siempre hacia el fondo de la gruta arrastrada por la corriente. A sus espaldas se achicaban los agujeros de la luz que entraba por las bocas de la gruta. De pronto brilló la luz de una antorcha. Luego otra… y otras… Los elegidos de Tomok acababan de irrumpir en el lago interior y encendían sus antorchas, que reproducían invertidas sobre las tintas aguas sus sangrientos chisporroteos.

Un coro de voces rompió a cantar una melopea cadenciosa y triste, en cuyas estrofas se aseguraba, por contraste con el acento de los cantores, sentir gran alegría y felicidad por haber sido escogidos de Tomok para servir de alimento a su sagrado vientre. El eco multiplicaba hasta el infinito este coro de voces y repetía en los tenebrosos rincones sumidos en tinieblas las últimas palabras de cada verso. A medida que la procesión acuática se internaba en las lobregueces de la Gruta Tenebrosa parecía alargarse la línea de luciérnagas rojas, reproducida con fiel exactitud en el fondo de las aguas. Nuevas voces se unían al coro en competencia con el eco; pero el eco vencía siempre a las víctimas de Tomok agigantando su trueno en las profundidades insondables de la gruta. Un clamor largo y quejumbroso se arrastraba sobre las aguas teñidas de rojo por el medroso fulgor de las antorchas.

Transcurrían los minutos con exasperante lentitud. El lago interior parecía no tener fin y sus bocas de comunicación con el exterior iban quedando atrás, empequeñecidas por la distancia. De pronto, el Navarra tocó fondo haciendo tambalear a sus tripulantes. Fidel abrió una escotilla superior y sacó la cabeza y los hombros fuera de la nave. El resplandor que salía de la cabina le permitió ver el principio de un rápido cuyo sordo rumor llegaba hasta sus oídos por el eco. El joven volvió a la cabina y ordenó elevar ligeramente al Navarra.

El Navarra dejó oír el zumbido de sus motores atómicos y ascendió unas pulgadas. Entonces le cogió la corriente y lo lanzó a gran, velocidad rápidos abajo, recorriendo en un minuto una gran distancia mientras las rocas del fondo arañaban su metálico casco con espeluznantes chirridos. El piloto hizo elevar más el destructor, y entonces el aparato golpeó con fuerza sobre un techo de roca.

- ¡Alto! -gritó Fidel.

El piloto cortó la corriente eléctrica que hacía elevarse al aparato, y éste volvió a caer en el río, siendo arrastrado nuevamente sobre el lecho de rocas hasta que el piloto dio marcha atrás. El Navarra se detuvo entonces venciendo, a la fuerza de la corriente que le empujaba de popa. Lentamente, el destructor volvió atrás hasta el lago, donde se reunió con el Galicia, el León y el Aragón.

Cuando el Navarra volvía sobre el lago, la flotilla indígena alcanzaba el rápido y desaparecía a gran velocidad aguas abajo. Cada canoa y almadía llegaba atraída por la corriente hasta el punto donde encallara el Navarra, quedaba un momento inmóvil, y de pronto adquiría poderoso impulso lanzándose por la rampa acuática, donde el aire desplazado apagaba muchas antorchas.

- Será mejor no meter a los destructores por este camino -gruñó Fidel malhumorado-. Corremos el riesgo de quedar atascados, y si de todas formas los aparatos han de volver atrás, ¿para qué complicar la cosa? Embarquémonos en una almadía y acompañemos a los elegidos de Tomok como unos peregrinos más, al menos hasta que nos den alcance las "zapatillas".

- ¿Y si los cazas tampoco pueden pasar? -preguntó Fernández.

- Una "zapatilla" no es más grande que algunas de esas almadías -repuso Fidel-. Por donde pase una balsa de troncos pasará también una "zapatilla voladora".

- Bien, sea como usted dice -dijo el profesor Castillo.

Fidel dio una llamada general a los restantes aparatos de la escuadrilla ordenándoles que salieran de la gruta y esperaran en el lago exterior la llegada de las "zapatillas volantes". Entre tanto, Woona y el profesor Castillo, que era después de Fidel y Verónica quien mejor hablaba el idioma nativo, habían atraído a gritos a una gran balsa de troncos. La almadía estaba junto al destructor cuando Fidel regresó a la portezuela, y Woona y Ricardo Balmer habían saltado ya sobre los troncos. Les siguieron Verónica Balmer, el profesor Castillo, el capitán Fernández y el doctor Gracián, todos enfundados en sus armaduras de titanio, armados hasta los dientes y provistos de grandes linternas eléctricas. Fidel saltó también, el comandante del Navarra soltó la cuerda que les mantenía unidos al aparato y la pesada almadía derivó lentamente hacia el rápido, atraída por la voraz succión de la corriente.

Tripulaban aquella balsa una veintena de hombres y mujeres, todos jóvenes y pobremente vestidos, aun en esta ocasión en que todos lucían sus mejores galas. Esta gente acogió a los extranjeros con total indiferencia, como si en las proximidades de la muerte se nivelaran las diferencias de raza, de lenguaje y de creencias, tratándose todos con fraternal camaradería.

La balsa se precipitó velozmente por el rápido, obligando a sus

ocupantes a asirse a las cuerdas y lianas que unían la trabazón de troncos para no ser precipitados al agua. Apuntando el haz luminoso de su linterna eléctrica hacia arriba, Fidel comprobó que estaban pasando por una gran hendidura horizontal. En algunos puntos, el techo de roca era tan baja que obligaba a los hombres a agachar la cabeza. Jamás hubieran podido pasar por allí los destructores.

Después de un corto y veloz descenso, la almadía alcanzó un segundo lago interior, por donde volvió a navegar placenteramente, siempre impulsada por la misma corriente. Pasadas las peripecias del descenso, los "elegidos" de Tomok volvieron a entonar su triste y cadenciosa melopea. La procesión acuática cruzó una enorme caverna a la fantasmagórica luz de las chisporroteantes antorchas. La misteriosa corriente llevó a la flotilla hacia un nuevo rápido.

Fue éste un descenso vertiginoso y fatal para muchas almadías. Algunas de éstas chocaron violentamente contra los espumajeantes escollos y se desbarataron ruidosamente, precipitando a sus ocupantes al agua, donde fueron recogidos por otras barcas y balsas más afortunadas.

La plataforma flotante que tripulaban los terrestres llegó bastante malparada al término del rápido. El río Tenebroso discurría ahora por un túnel. Sus aguas tranquilas, encajonadas entre los altos muros de roca, adquirieron gran profundidad.

El río serpenteó entre ellos paredones, ocultando frecuentemente a la vista de los españoles las luces, de los que marchaban delante. Inesperadamente, al doblar un recodo, los terrestres vieron ante sí un vivo resplandor rojizo que iluminó las pétreas paredes del túnel. Esta luz brotaba de una caverna hacia la que! se dirigía el río y procedía de unas hogueras al juzgar por el acre humo que flotaba sobre las cabezas de los terrestres.

- ¡Atención! -avisó Castillo-. Si no me equivoco llegamos al término de nuestra excursión acuática.

- ¡Cómo! ¿Tan pronto? -exclamó Verónica.

- Siempre he creído que el viaje por vía fluvial no podía ser muy largo. Este río llegará, tal vez, al centro del planeta para alimentar mares allí existentes formando tal número de cascadas y rápidos que todos pereceríamos ahogados, mucho antes de desembarcar en un mar.

Los españoles requirieron sus fusiles ametralladores y los empuñaron con decisión. La balsa salió del túnel y desembocó en una gruta plenamente iluminada por una serie de grandes fogatas que ardían a la izquierda, sobre una faja de arena. La gruta, en realidad, no era otra cosa que un ensanchamiento del callejón por donde discurría el río Tenebroso. La flotilla habíase detenido aquí. Una alta reja de acero, tendida de uno a otro lado de la gruta, les cerraba el

paso.

La reja, ante la que se apelotonaban canoas y almadías, era, mirándola bien, todo un puente sobre cuya plataforma se movían umbitanos y unas figuras siniestras que arrancaron una exclamación de horror de labios de Verónica.

- ¡Hombres de cristal!

Sí, eran los tristemente famosos hombres de cristal. Estaban en gran número sobre la plataforma del puente y en la playa de la izquierda, moviéndose entre las hogueras y una multitud de indígenas a quienes, sobre ser muy altos, les llevaban toda la cabeza en estatura. Su figura estaba de acuerdo con la descripción que de ellos hacía la estatua de Tomok sobre la Colina Sagrada de Umbita. Tenían el tronco triangular, sobre éste una cabezota esférica, dos brazos rematados por poderosas pinzas y dos piernas que acababan en una especie de garras de gavilán. Se diferenciaban del dios del bronce en que sus cabezas eran completamente esféricas, parpadeando en su interior, a través de la envoltura transparente, una esfera más pequeña color sangre. Aparte de esto se diferenciaban de la efigie de.Tomok en que sus extraordinarios organismos tenían la limpia transparencia del cristal.

Mientras la almadía navegaba lentamente hacia el movedizo piso formado por las balsas de troncos de los "elegidos". Fidel miró en torno con curiosidad.

Era fácilmente comprensible la función que desempeñaba aquel puente con rejas. Era a modo de un colador. Los barrotes dejaban pasar el caudal del río Tenebroso, pero inmovilizaban las plataformas flotantes y las canoas dando lugar a que se formara un pavimento acuático sobre el que andaban los indígenas hasta echar pie a tierra en la playa. Aquí se veían gran número de hombres de cristal haciendo señas a los indígenas para que saltaran de las balsas, alimentaran las grandes hogueras con canoas sacadas del agua y marcharan ordenadamente hacia un agujero de respetable tamaño que se alzaba a unos 10 metros sobre el nivel de la playa y al que se llegaba por una serie de altos escalones abiertos a pico en la roca. La balsa tripulada por los españoles pasó ante la playa y se detuvo al chocar blandamente contra la remesa de troncos paralizados por la reja. Algunos hombres de cristal iban saltando de plataforma en plataforma con ágiles movimientos, sacando de sus canoas a los remisos a golpes de unas largas fustas cogidas entre sus pinzas. Una de estas criaturas de silicio, saltando de una balsa a otra, se acercó a la que tripulaban los terrestres.

- Bueno -masculló Ricardo Balmer empuñando su ametralladora-. Ahí tenemos a nuestros famosos hombres de cristal.

El monstruo saltó a una almadía contigua a la de los españoles. El rojo corazón alojado en el interior de su cabeza esférica despidió

furiosos destellos de luz mientras la pinza vítrea levantaba la fusta. Fidel Aznar, que como sus compañeros habíase puesto de cuclillas al entrar en la gruta, saltó en pie empuñando su pistola láser.

CAPITULO VIII

DOS NATURALEZAS FRENTE A FRENTE

El hombre de cristal se detuvo. Su vítrea pinza quedó inmóvil en el aire, vibrante la fusta en lo alto. El rojo corazón alojado en el interior de la cabeza esférica despidió rápidos guiños de luz.

Del otro lado, separados por dos metros de agua, Fidel Aznar, hijo del remoto planeta Tierra, irguió su cuerpo enfundado en una sólida coraza de titanio. Los ojos del terrestre, detrás de la mirilla de cristal azulado de su escafandra, miraron de hito en hito a su enemigo. Dos hombres de distinta naturaleza, el uno de carbono y el otro de silicio, hijos ambos de dos mundos opuestos, se contemplaron con curiosidad durante un breve minuto. Observó Fidel que la extraña criatura llevaba colgada sobre el pecho, pendiente de una tira de cristal, una funda de forma misteriosa. La pinza izquierda de la criatura de silicio soltó la fusta y bajó con celeridad hacia esta funda. Fidel, intuyendo que su enemigo iba a empuñar un arma cuyo poder desconocía aún, tiró del gatillo de su pistola eléctrica.

Brilló un rayo azul acompañamiento de seco restallido. La chipa eléctrica, capaz de fulminar a un toro, descargó sobre la cabeza del hombre de cristal. Este dio un salto atrás. Fidel creyó haberle matado, pero el movimiento de su enemigo fue sólo de sobresalto. La descarga eléctrica no pareció afectarle lo más mínimo. Con una velocidad prodigiosa, mientras brincaba hacia atrás, el hombre de cristal extrajo de la funda un objeto desconocido, del que brotó una chispa eléctrica.

Fidel Aznar se vio envuelto en una deslumbrante llama azul. La coraza de titanio que vestía el, español, forrada interiormente con una doble capa de caucho espumoso y fibra de cristal, era absolutamente aislante. La descarga eléctrica no afectó a Fidel lo más mínimo, excepto en un fugaz y pasajero deslumbramiento notablemente atenuado por el cristalque protegía sus ojos contra la cegadora luz que desarrollaban las explosiones atómicas. No obstante, y como su movimiento instintivo había sido el de saltar atrás, sus pies se enredaron en los de uno de los indígenas y cayó aparatosamente de espaldas.

Ricardo Balmer, de rodillas sobre la trabazón de troncos de la almadía, enfiló al hombre de cristal con su fusil ametrallador y disparó desde la altura de la cadera.

Saltó la criatura de silicio en pedazos, en mitad de una violenta

explosión que irradió una vivísima luz verde. El resto de los proyectiles fueron a estallar contra la pared opuesta de la gruta, desprendiendo grandes estalactitas que cayeron sobre el lago levantando surtidores de agua.

En los oídos de los terrestres, el ensordecedor, trueno de las explosiones sólo llegó en forma de un zumbido, ya que los auriculares que captaban los ruidos producidos en el exterior de la envoltura de titanio estaban calculados para que no vibraran con los sonidos que pudieran dañar los oídos. Fidel cayó cuan largo era escuchando los significativos zumbidos de sus auriculares y quedó unos breves segundos atontado por la rapidez del ataque. En tan corto espacio de tiempo, sin embargo, Woona y Verónica se arrojaron a la vez sobre el cuerpo lanzando sendos gritos.

- ¡Fidel!

- Woona apartó bruscamente a Verónica echándola a un lado y tomó entre sus manos la escafandra que encerraba la cabeza de Fidel.

- ¡Fidel… háblame…! ¡Cielos, lo han matado!

Ricardo Balmer también creyó que el disparo de la criatura de silicio acababa de fulminar a su entrañable amigo, y ciego de cólera, barbotando maldiciones, dirigió el cañón de su ametralladora contra los hombres de cristal que se erguían alertas sobre la plataforma del puente.

Habían visto, sin duda, parte del fulgor irradiado por las explosiones de los proyectiles atómicos, ya que también estos emanaban cierta cantidad de rayos ultravioleta pero todavía desconocían su procedencia a juzgar por su actitud desconcertada. El fusil ametrallador de Ricardo tableteó con furia demoníaca. La ráfaga de pequeños proyectiles atómicos barrió la plataforma con bestial ímpetu. Una línea de cegadoras explosiones corrióse a todo lo largo del puente lanzando miembros, troncos y grotescas cabezas de silicio en todas direcciones, así como rejas inverosímilmente retorcidas, troncos astillados y pedazos de la obra de ingeniería.

¿Qué extrañas ideas cruzarían por aquellos exóticos cerebros de silicio al verse despedazados por una fuerza descomunal, quizá desconocida y con toda seguridad silenciosa? Los hombres de cristal de la playa se inmovilizaron irguiendo sus monstruosas cabezas sobre las de los indígenas. Para los terrestres era imposible averiguar la dirección de sus miradas, ya que el único "ojo" de aquellos seres- estaba alojado en el centro de la bola que tenían por cabeza y era visible desde todas las direcciones, prodigio jamás igualado por las criaturas del reino de carbono.

Ricardo Balmer dejó de disparar contra el puente y volvió el fatídico cañón de su ametralladora contra la playa. Pero no disparó. De hacerlo aniquilaría a los centenares de indígenas mezclados con los

hombres de cristal.

Fidel Aznar rebulló entre los guanteletes de titanio de Woona que acariciaban amorosamente la escafandra del español.

- ¡Vive! -exclamó la amazona con indescriptible júbilo.

Fidel profirió un gruñido desapacible. En este preciso instante habiendo empuñado con celeridad sus pistolas eléctricas, los hombres de cristal lanzaron una descarga cerrada contra la balsa. Habían localizado, sin duda, la procedencia de las explosiones siguiendo la dirección de las miradas de los indígenas, y toda la balsa ardió bajo una formidable chispa azul, que aniquiló fulminantemente a los desgraciados hombres y mujeres de Umbita en ella alojados.

Los terrestres salieron incólumes de aquella formidable descarga eléctrica gracias a sus armaduras aislantes, pero los troncos de la almadía quedaron ardiendo como teas y empezaron a dispersarse sobre el agua. Fidel fue quizás el primero en notar que la plataforma flotante se deshacía y saltó en pie ágilmente.

- ¡Fuera de aquí… la balsa se rompe!

Todavía cegados por el vivo resplandor de la descarga, los españoles sé apresuraron a saltar a una almadía contigua. Los hombres de cristal volvieron disparar desde la playa, envolviendo a los terrestres en una nueva llama e incendiando los maderos. Woona sintió ceder la plataforma flotante bajo sus pies y se hundió en el agua entre dos troncos. Su armadura de titanio, ligera y llena de aire, la hizo flotar. Fidel alargó una mano y la ayudó a izarse sobre una almadía contigua, pero las diabólicas criaturas de silicio volvieron a disparar incendiando también esta balsa, y entonces fueron Fidel y Woona los que *se* precipitaron al agua.

Al volver a la superficie. Sin haber soltado a Woona, Fidel vio chispas eléctricas azuladas por todas partes, como si toda una tempestad eléctrica cayera desde el cielo sobre sus cabezas. Casi todas las balsas ardían con seco crepitar, derivando lentamente hacia el puente, deshaciéndose al quemarse las cuerdas y lianas que mantenían unidas las trabazones de grandes troncos.

Mientras tanto, otras muchas balsas y canoas repletas de indígenas, cada vez en mayor número, habían seguido llegando a la gruta. Los indígenas, atraídos por la gente y las hogueras que ardían en la playa, hacían navegar hacia allí sus canoas y almadías. Algunas de estas últimas, faltas de medios de dirección e impulsión, marcharon hacia la reja del puente, rota en algunos puntos por los disparos de Ricardo Balmer. Los terrestres, braceando desesperadamente en el agua para vencer la fuerza de succión de la corriente, trataron de alcanzar estas balsas. Pero los hombres de cristal que estaban en la playa hicieron fuego sobre las almadías asesinando a mansalva a sus tripulantes y convirtiéndolas en nuevas hogueras flotantes.

Cada vez a mayor velocidad, los españoles eran llevados hacia la reja. Brazos invisibles parecían tirar de sus pies hacia abajo, pero sus escafandras flotadoras les devolvían siempre a la superficie.

Difícilmente se ahogarían mientras aquellos trajes metálicos no se rompieran. Habían sido construidos para los vuelos interestelares, protegiendo a sus poseedores de las radiaciones ultravioleta, de los ardorosos rayos del sol inclemente del espacio, del espantoso frío de los grandes vacíos siderales, de la falta de presión y de la total carencia de oxígeno, siendo también protectores contra las descargas eléctricas, la radioactividad de las explosiones atómicas, los grandes golpes y los gases asfixiantes y corrosivos. Los hombres encerrados en aquellas conchas de titanio, totalmente aislados del ambiente exterior, disfrutaban de calefacción y refrigeración según las necesitaran, respiraban el oxígeno de las botellas que llevaban a la espalda, oían los ruidos exteriores por auriculares, hablaban por micrófonos y altavoces y podían comunicarse entre sí o con una estación situada a distancia por medio de un diminuto aparato de radio.

No era el temor de morir ahogados lo que sentían los terrestres en estos momentos, sino el misterio que se ocultaba más allá del puente, hacia donde les atraía la poderosa succión del río Tenebroso. Fidel dejó a Woona en libertad para que, libre de movimientos, pudiera alcanzar con mayor comodidad uno de los postes de acero, y mientras braceaba encendió el aparato de radio individual alojado en la parte posterior de la escafandra, confiando en que sus compañeros recurrieran al mismo procedimiento, vista la imposibilidad de comunicarse de palabra.

En efecto, sus compañeros recurrían también a la radio y fueron respondiendo uno tras otro.

- ¡Verónica… Castillo… Fernández…!… Naden hacia las rejas y cójanse a ellas!

- ¡Eso procuramos hacer, compadre! -contestó el vozarrón de Ricardo Balmer.

La brecha abierta en las rejas por los tiros de Ricardo era bastante grande. Fidel braceó entre las flotantes hogueras de las almadías hacia la izquierda y se asió con fuerza a uno de los sólidos barrotes que se hundían en el agua. Una escafandra venía velozmente hacia él arrastrada por la corriente.

- ¡Socorro, socorro! -gritó una voz.

Fidel rodeó con el brazo que empuñaba el fusil el poste y alargó el otro cuanto pudo pescando al náufrago. Era Verónica Balmer. La muchacha se asió desesperadamente a él y luego se aseguró abrazándose al poste. Unos maderos flotantes pasaron junto a ellos envueltos en llamas. Los hombres de cristal habían dejado de disparar, y al cesar el estallido de las descargas eléctricas escuchóse, fragoroso y

profundo, el imponente trueno de una cascada.

Comprendió Fidel ahora lo que significaba esta verja de acero. Más allá del puente, no muy lejos, el río Tenebroso se precipitaba en el misterioso abismo continuando su subterráneo camino sólo Dios sabía por qué ocultas rutas. Seguían pasando canoas y almadías deshechas, chisporroteando medrosamente sobre las aguas rojas por el fulgor de los incendios. Mirando hacia el otro lado de la brecha, Fidel vio a dos de sus compañeros abrazados a los postes. Les. llamó uno por uno, pasando lista:

- ¡Ricardo!

- ¡Aquí! ¿Tienes ahí a mi hermana? -contestó el joven.

- Sí, está aquí, conmigo. ¡Castillo!

- ¡Presente!

- ¡ Doctor

Nadie respondió.

- ¡Doctor Gracián! -repitió Fidel subiendo el tono de su altavoz.

- No está por este lado -repuso el profesor Castillo-. Vi una escafandra flotando entre dos maderos por el centro de la corriente. Seguramente era él.

Fidel tragó saliva y llamó:

- ¡Capitán Fernández!

- ¡Aquí, jefe! -gritó una voz lejana.

- ¡Woona! -llamó Fidel en voz baja, creyendo que la indígena estaba entre el bosque de postes a corta distancia de él.

Pero nadie respondió.

- ¡Woooona! -rugió Fidel.

El mismo silencio. La oculta cascada tronaba en la profundidad insondable de la gruta, hablando de misteriosos caminos.

- No puede haber desaparecido también… -murmuro Fidel sintiendo el corazón paralizado de angustia.- Estaba cerca de mí cuando nadábamos hacia este punto… ¡Dios mío… mi pobre Woona!

Creía hablar para sí, pero el tornavoz subía el tono de sus murmullos haciéndolos llegar hasta los oídos de Verónica Balmer. Y de pronto rompió a gritar el nombre de la muchacha. Lo pronunció primero con miedo, luego con irritación, después con rabia; a continuación, con voz temblorosa de angustia, y finalmente, en ronco sollozo.

- ¡Woona… Woona!

- Calma, compañero, demonios! -se oyó decir a Ricardo Balmer con voz irritada-. ¿Dejaría la chica de contestar si anduviera cerca de nosotros? La cascada se la ha tragado cómo al pobre Gracián…

Movió Fidel la cabeza de un lado a otro. Un nudo de lágrimas en la garganta le impedía hablar. Sintió el corazón paralizado de terror. Un sudor frío le empapó la frente, y al mismo tiempo sintió calor. El

pensamiento de que Woona hubiera desaparecido así, de repente, como una sombra que marcha a juntarse con las tinieblas, era demasiado atroz para admitirlo de golpe. Todo su ser encabritábase con rebeldía, negándose a aceptar la idea de que la valiente amazona se hubiera marchado para siempre sin un adiós…, sin un grito…, sin una llamada de socorro.

Un guantelete de titanio se posó sobre su brazo. Era la mano de Verónica Balmer. Al través del cristal azulado de su escafandra, Fidel vio tras el borroso telón de sus lágrimas el bello rostro de su amiga de infancia.

- Fidel -llamó la joven en un susurro. Y luego, como si le costara un sobrehumano esfuerzo pronunciar la palabra tan temido, preguntó-: Tú… ¿la amabas… tal vez?

¿Si la amaba? Fidel abrió los ojos a la realidad de su dolor. Nunca habíase detenido a pensar si amaba a la valiente e ingenua amazona de la altiplanicie. Desde la primera vez que se mirara en los grises ojos de la muchacha estuvo demasiado ocupado para disponer de un solo segundo y mirar al fondo de su corazón. ¿Si la amaba? ¡Sí, cielos… la amaba! Aquella muchacha rubia, de sana y resplandeciente belleza, había venido incrustándose poco a poco en su ser, haciéndose indispensable en el subconsciente de Fidel Aznar, ocupando un lugar cada día más grande, hasta llenarlo todo. Eran de temperamento desigual, ambos eran hijos de distinto mundo, entre los dos mediaba todo un abismo de diferencias: ella, un guerrero de las tribus indígenas de la altiplanicie, más amante de empuñar la espada y embrazar el escudo de guerra que de acrecentar su pura belleza con los recursos a que tan dadas eran las mujeres; él, un hijo del planeta Tierra, producto de una humanidad supercivilizada, con un vasto almacén de conocimientos científicos y en el corazón la insaciable sed de llegar más alto y más lejos todavía.

- Sí. Verónica -afirmó Fidel con tristeza-. No lo he sabido hasta haberla perdido… Pero yo la amaba. ¡Mi pobre Woona!¡Mi noble y valiente Woona!

Verónica asintió con un imperceptible movimiento de cabeza y volvió sus ojos húmedos de lágrimas hacia la boca de la gruta, por donde seguían entrando balsas y canoas llenas de indígenas. Una llama de despecho ardió en el corazón de la española aniquilando el fraternal afecto que hasta ahora sintiera hacia Woona. ¡Una salvaje le vencía desplazándola del corazón de Fidel Aznar!

Verónica amaba a Fidel. Le quería desde que, siendo niños, jugaban en la azotea del rascacielos donde habían nacido, mientras el autoplaneta Rayo surcaba a velocidades astronómicas los insondables vacíos interestelares en busca de un nuevo mundo donde poder desembarcar a los exilados de la tierra. Habían crecido y estudiado

juntos. Sus padres eran entrañables amigos, y largos años de constante contacto habían acabado por convencer a todos (a Verónica sobre todos) que los dos muchachos serían en su día marido y mujer. Verónica había acariciado esta ilusión largamente, y he aquí que cuando el Rayo daba al fin con un planeta habitable surgía una Woona nativa, hermosa y salvaje, y le arrebataba el que ella siempre creyera seguro cariño de Fidel Aznar.

La llama de despecho, sin embargo, se extinguió en seguida. Woona desaparecía sin llegar a conocer el amor de Fidel. El campo volvía a quedar libre tras el eclipse de la ruda rival.

Desde el otro lado de la brecha, por donde desfilaban incesantemente barcas y almadías, el profesor Castillo llamó a Fidel:

- ¿Eh… señor Aznar! ¿Qué hacemos ahora?

Fidel alzó los ojos y miró en torno como si despertara de un profundo sueño. Seguían llegando almadías de indígenas, volcando nuevos cargamentos humanos sobre la playa. Aquí, al rojizo fulgor de las hogueras nutridas por canoas, los hombres de cristal daban muestras de inquietud e impaciencia arreando a su ganado humano con las fustas hacia el negro agujero abierto en la roca. Para las canoas era cosa fácil acercarse a la playa a golpe de remo, pero algunas de las almadías más grandes, faltas de medios de conducción, fueron arrastradas por la corriente hacia la brecha abierta en la reja metálica por los disparos de Ricardo, pasaron entre los terrestres y desaparecieron en las tenebrosidades de la caverna sin que los indígenas hicieran nada por evitarlo.

Tal como se encontraban los españoles, el grupo del profesor podía alcanzar la playa asiéndose de uno a otro poste; pero no así Verónica y Fidel, aislados al otro lado de la brecha y con una fuerte corriente precipitándose hacia la cascada que había sorbido a Woona, y al doctor Gracián. De todas formas, ir hasta la playa era ahora urna empresa temeraria. Allí estaban los hombres de cristal. Si todas las armas Ofensivas de estos seres eran como las pistolas eléctricas, ningún daño podrían causar a los españoles. Pero éstos se encontraban en parecida situación. Sus pistolas eléctricas tampoco afectaban a las criaturas de silicio, y no podían disparar con los contundentes fusiles atómicos sin aniquilar al mismo tiempo a los indígenas que, cada vez en mayor número desembocaban en la gruta tripulando canoas de todas las dimensiones y almadías de troncos para desembocar en la playa y ascender hacia aquel siniestro agujero. Lo más prudente, a juicio de Fidel, era quedarse donde estaban. Si iba a la playa corrían el peligro de ser cogidos por los hombres de cristal al amparo de la repugnancia que les causaba disparar contra los indígenas. Y las "zapatillas volantes" no podían tardar ya.

Fidel hizo funcionar su aparato de radio. La respuesta le llegó

instantánea:
- ¡Hola, jefe… aquí, destructor Navarra!
Las "zapatillas”, según el comandante del Navarra, estaban llegando en estos momentos.
- ¿Continúan entrando indígenas? -preguntó Fidel.
- No han parado de entrar desde que nosotros estamos aquí. Calculo que habrán dentro unos seis mil indígenas y la cosa va para largo según parece.
- Bien, hay que impedir por todos los medios que sigan entrando.
- Impedirlo, bien. ¿Pero cómo? -preguntó el oficial.
- Echen abajo ese acantilado de basalto. Hay allí suficiente roca para que al caer sobre el río forme un dique. Utilicen cohetes de cabeza nuclear.
- Pero si lo hacemos, ¿cómo regresarán ustedes?
- La gruta es ancha y profunda. Si disparan un torpedo de cabeza nuclear todo el techo de la gruta saltará por los aires. Saldremos por ese agujero al regreso. Lancen primero el torpedo, y a continuación disparen sobre el acantilado hasta cubrir la boca de entrada a la gruta.
- ¿Sabe que si lo hacemos así morirán muchos indígenas? -preguntó el oficial.
- Lo sé. ¿Qué otra cosa podemos hacer? Si encuentra un medio de evitar el mayor número de víctimas utilícelo. De cualquier modo la entrada a la gruta debe ser obstruida.
- Sí, señor. Cumpliré sus órdenes -dijo el oficial.
Fidel cortó la comunicación con el Navarra y se puso en contacto por el mismo sistema con el comandante Ordóñez, que venía al frente de las "zapatillas volantes". Mientras el español les daba instrucciones sobre el camino que habían de seguir, continuaban llegando flotillas por el río y desembocando en la gruta a la rojiza claridad emanada por las grandes hogueras de la playa. Una almadía con unos treinta indígenas sobre ella fue arrastrada por la corriente hacia la brecha de la, valla. Al igual que habían hecho con muchos otros de estos desgraciados, Ricardo y Castillo les gritaron para que lazaran una cuerda si no querían perecer en la cascada que se adivinaba al fondo de la gruta.
En todas las ocasiones anteriores los indígenas desoyeron los consejos de los terrestres, tal vez porque el terror había hecho presa en ellos inmovilizándoles o porque tanto les importaba morir entre las mandíbulas i de los "espíritus" como ahogados rápidamente en una cascada. Pero esta vez, los indígenas dieron muestras de gran serenidad e inteligencia disponiéndose a lanzar cabos. La almadía iba a pasar más cerca de Fidel y Verónica qué del profesor y su grupo. El joven capitán de los exilados de la Tierra unió sus gritos a los de Verónica:

- ¡Eh… aquí… lanzad un cabo!

Un hombre se irguió sobre la plataforma flotante y lanzó diestramente una fuerte soga. Fidel la cazó en el aire con la mano que tenía libre y la pasó rápidamente varias veces alrededor del poste de acero. La balsa se detuvo dando un fuerte tirón a la soga. Los indígenas halaron el cabo y la almadía se acercó a Fidel y Verónica, lanzando sus tripulantes nuevas amarras para ayudar a la primera. Cuando la plataforma de troncos llegó a Fidel comprendió éste las poderosas razones que habían impulsado a los tripulantes a aceptar el auxilio de los terrestres. Shima, el ministro de justicia de Tinné-Anoyá, venía en aquella almadía.

- ¡Vamos! -exclamó Fidel de un humor endiablado-. Ya me extrañaba a mí que los "elegidos" de Tomok prefirieran morir devorados por los "espíritus" a morir ahogados en la cascada. Apuesto cualquier cosa a que el gran ministro sigue empeñado en conferenciar con su dios de las Tinieblas.

Shima afirmó sin empacho que estas eran sus intenciones. Explicó que su canoa habíase estrellado contra un escollo de los rápidos y que se acogió a esta almadía. Vio que el punto de destino de los "elegidos" era la playa y por esto lanzó el cabo. No quería pasar adelante ni morir sin explicar a Tomok que el pueblo de Umbita no era cómplice del brutal sacrilegio perpetrado en el divino cuerpo de su estatua por los extranjeros. El viaje, con sus peripecias y la seguridad de haber llegado a su término parecían haber debilitado la entereza del ministro. Era valiente, sin género de dudas, pero empezaba a temer que los "espíritus" no le reconocieran como a una alta autoridad de la corte de Tinné-Anoyá.

- Ganas me dan de cortar estas cuerdas y dejarte seguir adelante hasta la cascada -masculló Fidel exasperado por la brutalidad de aquel hombre-. Debieras haber visto hace unos minutos a los "espíritus" de Tomok saltar en añicos bajo el impacto de nuestras armas. Esto te hubiera desengañado tal vez, pero todavía has llegado a tiempo para ver cómo son aniquilados vuestros estúpidos dioses. ¡Mira!

Volvióse Shima hacia la entrada de la caverna. Una "zapatilla volante" acababa de irrumpir en la gruta volando a ras de las cabezas de los hombres que tripulaban las balsas. Era un aparato de forma alargada y aplastada, con cierto parecido a una auténtica zapatilla. El fulgor de las hoguera chisporroteó sobre sus finas y elegantes líneas mientras daba una vuelta para poner rumbo hacia la playa.

Los indígenas acogieron la aparición de la aeronave con un griterío. Un haz de chispas eléctricas brotó de la playa y envolvió al aparato en una llama azul. Pero la descarga no afecto en lo más mínimo a la "zapatilla", quien pasó a baja altura sobre la playa y dio otra vuelta para no chocar con las paredes.

- ¡Hola, Ordóñez -llamó Fidel por radio-. Acércate… estamos aquí… bajo el puente.

El caza se inmovilizó como por arte de magia en el aire y luego enfiló su proa hacia el puente, bajando hasta posarse dulcemente en el lago. Uno tras otro, en rápida sucesión, iban entrando más aviones siendo recibidos con las consabidas descargas eléctricas. La aparición de las "zapatillas" en la gruta pareció alarmar a los hombres de cristal. Las horribles criaturas arrearon a su ganado humano hacia el túnel que se abría sobre la playa., Esta quedó rápidamente limpia de monstruos y de indígenas. Todos habían desaparecido por el negro y siniestro agujero.

La "zapatilla" se detuvo junto a Fidel Aznar. A través de los cristales de la cabina, el comandante Ordóñez le sonrió echando atrás la cubierta transparente y gritando:

- ¡Hola, jefe! ¡Hemos venido lo más rápido posible!

- Échanos un cable y nos remolcarás hasta la playa.

Ordóñez tomó un fino cable de acero y lo entregó a Fidel. Este lo pasó a los indígenas, quienes lo ataron a su balsa, y el caza se puso en marcha hacia la playa recogiendo al paso a Ricardo Balmer, al profesor Castillo y al capitán Fernández.

CAPITULO IX

EN EL REINO DE LAS TINIEBLAS

Rápido…, fuera de la playa…, todos encima de la escalera! -grito Fidel Aznar. Los indígenas, intimidados por los gritos, se apresuraron en subir los rudos peldaños reuniéndose en torno a los extranjeros.

El suelo de la playa y la peña entera temblaron como sacudidas por un terremoto. Escuchóse una ahogada explosión que el eco repitió hasta el infinito. Colgantes estalactitas se desprendieron de las altas bóvedas y cayeron sobre el lago levantando blancos surtidores de espuma. Un objeto metálico cayó también desde el techo y se estrelló ruidosamente contra los peldaños de la escalera tallada en la roca, estando muy cerca de aplastar al profesor Castillo.

Sólo unos segundos más tarde llegaba hasta los empavorecidos indígenas el lejano rodar de un trueno que iba acercándose con rapidez, hasta hacerse ensordecedor. De pronto, una ola descomunal brotó del túnel que encajonaba el río Tenebroso y se ensanchó a través de la gruta, avanzando con fragoroso tronar corno un rodillo de espuma en el que iban envueltos troncos, hombres, canoas y rocas. Era la violenta corriente de aire desplazada por la explosión atómica en el interior de la gruta Tenebrosa. La gigantesca ola cruzó en breves segundos la gruta y rompió contra el puente con bestial ímpetu. Rejas,

puente, ola y almadías saltaron en el aire con terrorífico crujido y desaparecieron hacia el fondo de la gruta. Las aguas invadieron la playa y dispersaron y apagaron las hogueras, quedando todo sumido en la más tenebrosa de las oscuridades. La cascada, súbitamente engrosada, alzó el tono de su voz hasta sonar como un trueno apocalíptico. Fue como un rugido de león que descendió en seguida de volumen, la protesta airada del río Tenebroso a quien los hombres acababan de dar un golpe mortal, seccionando para siempre su líquida arteria. Las aguas bajaban rápidamente y descendían más aún. La entrada de la Gruta Tenebrosa acababa de hundirse entre un apocalipsis de llamas, de polvo, de truenos y de humo, bajo el brutal empuje de los diabólicos explosivos descubiertos por el hombre.

Las "zapatillas" encendieron sus focos, supliendo con luz blanca el rojizo fulgor de las hogueras apagadas. Los aviones, estaban fijos en el aire, como pegados al altísimo techo de la gruta. También el profesor Castillo encendió una lamparilla para examinar el objeto que tan cerca estuvo de matarle.

- Un proyector de rayos ultravioleta -dijo-. Suponía que este lugar estaba iluminado con esta clase de luz. El resplandor de las hogueras era para los hombres de cristal tan invisible como para nosotros la luz ultravioleta de sus focos.

Las "zapatillas" se apearon de las alturas del techo y algunas de ellas se posaban sobre las aguas mientras otras aterrizaban verticalmente en la playa.

- Shima -dijo Fidel al ministro de Tinné-Anoyá-. Deberías aconsejar a tus compatriotas que no se movieran de aquí mientras nosotros vamos en busca de los demás. Ya ves que hemos puesto en fuga a vuestros omnipotentes "espíritus" y que hemos cerrado la Gruta Tenebrosa. Algunos de tus hombres han muerto, pero hemos salvado muchos miles más, salvaremos si es posible a los que se han llevado los hombres de cristal y nadie más. a partir de hoy, será llevado jamás al estómago de Tomok por la maldita ruta tenebrosa.

Vaciló Shima mirando ora a las esbeltas "zapatillas voladoras", ora a Fidel Aznar, ora a sus súbditos. En su obtuso cerebro comenzaba a abrirse paso la idea de que los hombres de cristal o no eran divinidades omnipotentes o su poder era menor que el de estos extraordinarios extranjeros bajados de las estrellas. Finalmente optó por seguir el consejo del terrestre, por primera vez. y ordenó a los empavorecidos hombres y mujeres de su raza que permanecieran allí hasta nueva orden.

- Tú vendrás conmigo -dijo Fidel poniendo su mano sobre el hombro de Shima.

El ministro tembló.

- ¡Señor!... ¿Es preciso que te acompañe?

- Sí. Tú eres un personaje de crédito en Saar y quiero que veas por tus propios ojos el ocaso de los "espíritus" de Tomok para que luego lo cuentes en la corte de Tinné-Anoyá y se desvanezca la absurda divinidad de los hombres de cristal. ¡Vamos, sube a mi aparato volador!

Shima tocó con la punta de los dedos la brillante aerodinámica superficie de la "zapatilla" que le señalaba Fidel. El profesor Castillo le empujó por detrás y le obligó a subir a la cabina.

- Venga usted también, profesor -invitó Fidel-. Los demás que se repartan por los otros cazas.

Castillo y Fidel treparon hasta la carlinga del aparato. Este era capaz para seis personas. Fidel tomó el asiento del piloto y oprimió uno de los múltiples resortes que cuajaban el salpicadero. Automáticamente (por arte de magia para el ignorante de Shima), se corrió sobre sus cabezas la cubierta de cristal, dejándoles herméticamente aislados de la atmósfera exterior. Castillo y Shima ocuparon los dos asientos situados a espaldas de Fidel. El joven empuñó los mandos y puso el motor en marcha.

Suavemente como una pluma, la "zapatilla", se elevó y penetró en el túnel por el que habían desaparecido los hombres de cristal y sus víctimas. Aparte de la luz que irradiaba la carlinga iluminada, un poderoso foco eléctrico alumbraba el camino desde proa. Detrás de Fidel, los demás pilotos pusieron sus cazas en marcha siguiéndole por el túnel.

Este era ancho y descendía en suave pendiente. El avión, seguido a corta distancia por sus congéneres, recorrió un millar de metros de túnel en línea recta y luego dobló un recodo hacia la derecha. El blanco cono de luz del faro pirata se quebró en mil destellos sobre las vítreas figuras de dos hombres de cristal.

Fidel llevó rápidamente la mano hacia una palanquita del salpicadero y tiró de ella hacia abajo. El artillero electrónico respondió. El radar emitió una onda que rebotó sobre las armas de las criaturas de silicio. El artillero captó la dirección del eco, dirigió hacia allí su proyector de "Rayos Z" y disparó, ejecutando todo este trabajo en una pequeñísima fracción de segundo.

No había fallos para aquel ágil artillero electrónico. Apenas sonaba el "tic" de la palanquita cuando un dardo luminoso, mucho más brillante que el faro pirata, brotó de la proa del aparato contra los hombres de cristal. Brillaron dos fogonazos. Las armas metálicas de las criaturas de silicio se desintegraron haciendo pedazos a los que las portaban.

El caza siguió volando por el centro del túnel, a igual distancia entre el techo y el piso de roca, y dobló una ligera curva. Inesperadamente surgieron ante los ojos de Fidel los rojos

chisporroteos de las antorchas de los cautivos. Estos marchaban a modo de rebaño, apiñados y hostigados por las fustas metálicas de una fila de hombres de silicio que cerraban la marcha.

En realidad, Fidel Aznar apenas si llegó a ver los hombres de cristal. Doblar el caza el recodo, brillar las vítreas humanidades de silicio, brotar un dardo azul de la proa del avión y ver desintegrarse a los hombres de cristal fue todo una cosa. Fidel había olvidado cerrar el conmutador que tenía en plena libertad de acción al artillero electrónico, éste obró según la rapidez propia de una máquina y barrió de la faz del mundo a las criaturas de silicio y a un buen puñado de desgraciados indígenas.

El dardo azul desintegró las fustas metálicas que empuñaban los hombres de cristal dando origen a una explosión aterradora. Brilló el fogonazo y Fidel comprendió que había cometido un grave error; equivocación que anduvo cerca de tener graves consecuencias. La onda expansiva de las explosiones cogió al avión como a una pluma y lo lanzó hacia atrás contra una de las paredes del recodo.

Una multitud, rumorosa y agitada, venía apresuradamente hacia ellos agitando antorchas. Eran los infortunados "elegidos" de Tomok capturados por los hombres de cristal. Estos hombres y mujeres habían visto allá en la gruta caer a las criaturas de silicio bajo las armas de mágico poder de los extranjeros, sacando la lógica conclusión de que, puesto que hombres de carne y hueso como ellos liquidaban a los "espíritus" tenidos por omnipotentes. Tomok era una divinidad falsa.

Otras cosas habían influido también en el ánimo de los adoradores del dios de las Tinieblas, entre ellas el instintivo horror a la muerte y el apego a la existencia de todos los seres humanos. Estaban ansiosos de creer que su muerte entre las mandíbulas de los hombres de cristal no era indispensable, y habían aprovechado la primera oportunidad para ponerse a salvo. Tomok, al fin y al cabo, jamás inspiró amor a los indígenas. Estos le obedecían bajo el imperio del terror, más viendo surgir a unos seres más poderosos y benignos se pasaban en masa a sus filas. La súbita desaparición de la tropa de monstruos que les empujaba por la espalda fue la oportunidad que desesperaban encontrar. Y aquí estaban, aclamando a los extranjeros como a providenciales salvadores.

Un unbitano de cierta edad y palabra ardiente narró lo sucedido a Fidel.

- Es la mejor noticia que recibo en muchos días -aseguró el joven sonriendo-. Id, volved por el camino que habéis venido y esperad allí pacientemente a que destruyamos a los hombres de cristal y volvamos a liberaros.

La masa aclamó a los terrestres con el fervor que sólo puede sentir una muchedumbre que ha pisado los sombríos umbrales de una

muerte horrible e injusta. Fidel se introdujo en la carlinga de su avión, corrió el cristal sobre su cabeza y empuñó los mandos. La larga fila de "zapatillas" reanudó su subterráneo camino cruzándose con grupos de indígenas que retrocedían hacia el río Tenebroso. Estos núcleos de fugitivos fueron haciéndose más escasos hasta concluir del todo. Inesperadamente, el avión desembocó en una gigantesca gruta dividida en cuadras por altos y lisos muros de cemento y acero. Bajo la brillante luz del foco apareció una vía férrea donde se veían algunas vagonetas abandonadas. Era la "cuadra" donde los hombres de silicio guardaban a sus víctimas según la tradición.

Toda la flota aérea entró en la gruta. Esta se comunicaba con otras inmediatas por túneles y arcadas formando un intrincado laberinto que los terrestres no se entretuvieron en explorar. Fidel decidió seguir adelante hasta ver dónde les conducía la línea férrea.

La flota se introdujo por un túnel bastante ancho, por el que discurría una vía doble. De vez en cuando el túnel se ensanchaba para formar varios apartaderos donde se veían filas de vagonetas. En ocasiones, estas grutas eran a modo de plazuelas donde empalmaban otras vías que se internaban a derecha e izquierda por negros y sombríos túneles. Esta singular línea férrea, en su interminable recorrido subterráneo, saltaba frecuentemente sobre rumorosos arroyos perdidos o sobre grietas abiertas al través.

- ¿Qué habrá al final de esos otros túneles? -preguntó Fidel.

- Seguramente minas de hierro y carbón -repuso Castillo-. Los hombres de cristal conocen el uso del hierro.

Durante más de hora y media, la flota siguió el tortuoso camino subterráneo con las debidas precauciones. Iban dejando atrás apartaderos y más apartaderos con filas de vagonetas cargadas de mineral y, a veces, también locomotoras eléctricas. Pero ni un solo hombre de cristal vieron a lo largo de 1.000 kilómetros.

- La alarma ha cundido -murmuró Castillo-. Esto debiera significar que somos temidos.

El vuelo prosiguió durante quince minutos más. La vía seguía siendo doble, pero los apartaderos hacíanse más raros, cesando totalmente los ramales. El túnel ensanchóse de pronto de una manera curiosa. El brillante foco eléctrico, dardo luminoso de muchos kilómetros de alcance, se perdía en un caos de tinieblas al ser apartado de la vía. Ninguna gruta podía ser tan grande para que un rayo luminoso no tropezara con los techos o la pared de enfrente.

- ¡Hemos llegado, profesor! -grito Fidel volviendo la cabeza.

- ¿Cómo? -chilló Castillo.

- ¡Estamos en el mundo interior de este planeta!

Castillo dejó a Shima y fue a situarse tras el respaldo del sillón de Fidel. Este le demostró lo que decía apuntando el faro pirata hacia

abajo. El foco de luz iluminó los brillantes raíles, pero al ser apuntado hacia arriba oblicuamente se ahogó sin dejar rastro en el vacío (1).

***(1) En el vacío, el rayo luminoso es invisible mientras no tropieza con un cuerpo opaco. El rayo de sol que los terrestres ven sería invisible si la luz no se reflejara en las moléculas de polvo en suspensión en el aire*.**

- ¿Lo ve usted? Estamos en el mundo de silicio..., pero no hay sol como usted suponía.

- Tiene que haber un sol -gruñó Castillo-. Usted sabe tan bien como yo que no puede haber vida sin una fuente de luz. Me equivoqué en una cosa. El sol de este mundo está encima de nosotros arrojando cascadas de luz sobre estas tierras, pero nuestros ojos no ven..., ¡porque es un sol ultravioleta! (2).

(2)Los dos colores extremos del espectro solar o "arco iris": el rojo y el violeta, son las dos fronteras de las vibraciones del éter visibles y, por lo tanto, también los límites del campo visual humano. Si la onda etérea se mueve a 400 billones de veces por segundo, se produce la luz roja. A los 800 billones de vibraciones por segundo, surge del éter el rayo violeta. Entre el rojo y el violeta están los otros colores del arco iris: anaranjado, amarillo, verde, azul claro y azul oscuro. Estos son todos los colores que ve el ojo humano, pero sólo representan una pequeñísima porción de las vibraciones etéreas. Si el ojo humano pudiera ver las vibraciones etéreas de más de 800 billones por segundo, el reino de lo visible aumentaría considerablemente para él, porque por encima del violeta comienza la esfera de los rayos invisibles. La abeja ve estas vibraciones ultravioleta para las cuales está ciego el hombre

No sintió Fidel la menor sorpresa. Durante su largo vuelo de 42 años a través del espacio, el Rayo había pasado por las proximidades de algunos soles cuya luz era ultravioleta; soles que despedían mares de llamas, pero que sólo podían ver los terrestres con auxilio de aparatos especiales.

- ¡Que extraño que la leyenda de los indígenas se ajuste tanto a la realidad! -exclamó Castillo-. Nadie de cuantos entraron por la Gruta Tenebrosa volvió jamás a la superficie del planeta, y sin embargo tienen nociones de las "cuadras" donde los hombres de cristal guardan sus víctimas y de este mundo sin luz. ¡El reino de las Tinieblas! ¿Por qué no se me ocurrió pensar que, si las criaturas de silicio no ven otra luz que la violeta, es porque en su mundo sólo brilla un sol de esta especie? La Naturaleza jamás hace nada sin una razón lógica. Adaptó sencillamente los ojos de las criaturas de silicio a la clase de luz que reinaba en su mundo.

- Esto quiere decir que nuestra expedición va a ser poco menos que infructuosa, ¿verdad? -rezongó Fidel volviendo su faro sobre las vías

férreas-. Poca cosa veremos con nuestros proyectores.

- Volveremos otro día con anteojos especiales para ver la luz ultravioleta -prometió Castillo. Y exclamó señalando hacia abajo-: ¡Eh…, mire eso!

El foco de la "zapatilla", que en este mundo sin aire parecía estar apagado, dejó ver la cola de un largo tren compuesto por medio centenar de vagonetas metálicas sobre las que chisporrotearon las vítreas superficies de los hombres de cristal. Estos habían visto a la "zapatilla" y dispararon contra ella envolviéndola en una deslumbrante chispa azul.

Fidel movió la palanquita que ponía en funcionamiento el artillero electrónico. Aquí, en espacio abierto, no había ningún peligro en liquidar al tren entero. El dardo de "Rayos Z", invisible en este vacío, convirtió al tren, a los hombres de silicio y a los raíles en una llama azul viva y fugaz, totalmente silenciosa. Como si una descomunal esponja se hubiera pasado sobre una pizarra, el convoy desapareció en una nube de moléculas que brillaron bajo el dardo de luz por una fracción de segundo. El avión pasó a través de esta nube y el artillero electrónico siguió aplicando la mortal caricia de sus "Rayos Z" contra los raíles metálicos de la vía. Ciento cincuenta millas de ferrocarril fueron desintegrados en un segundo, prolongando una línea de luz azul a través de las densas tinieblas. Sobre la superficie del globo y desde la escasa altura a que volaba la "zapatilla", los "Rayos Z", en su propagación rectilínea, sólo hubiera destruido una tercera parte de este enorme tramo, ya que la curvatura del horizonte hubiera ocultado el resto. Pero en este extraño mundo interior la curvatura del suelo era cóncava en vez de convexa. Si los ojos humanos pudieran ver la luz ultravioleta que alumbraba este mundo, la vista les hubiera mostrado un panorama infinito, tan grande como pudieran alcanzar a ver, y fue por esta inversión del horizonte por lo que un tramo de 150 millas ardió en una raya azul ligeramente doblada "hacia arriba".

Este larguísimo fogonazo, tan breve y fugaz como un relámpago, tuvo la virtud de multiplicarse en miríadas de destellos por un enorme espacio, como si el suelo estuviera cubierto de vidrios.

Y lo estaba en realidad. Bajo los pies de los terrestres extendíase un inmenso bosque de cristal.

CAPITULO X

UN EXTRAÑO MUNDO

Fidel Aznar apartó el foco de la destruida vía férrea y lo asestó hacia la izquierda. Lo que vio entonces arrancó una exclamación de sorpresa de sus labios.

Su mentalidad humana habría sido hasta ahora demasiado pobre para imaginarse cómo sería una Naturaleza de silicio. Acostumbrado a las formas animales y vegetales de su mundo de carbono no podía adivinar las sorprendentes formas adoptadas por una Naturaleza distinta a la suya; más en estos momentos descorríase el velo del misterio, dejándole echar una mirada hacia lo desconocido. Para verlo mejor, Fidel redujo la velocidad de su aparato.

- Una vegetación de silicio -murmuró el profesor Castillo profundamente impresionado.

Miró Fidel hacia abajo. ¿Eran árboles lo que vería? Sin duda eran árboles, aunque distintos a los que estaba acostumbrado a ver en su verde y risueño mundo. Las plantas que él estaba viendo carecían de hojas. Vio un altísimo y robusto vástago de cristal, parecido a un poste maravillosamente recto y liso, y pegadas a esta especie de tronco por uno de sus bordes, una serie de grandes discos de cristal a los que faltaban unas rajas. En otros "árboles", el vástago sostenía a toda una pirámide de platos vítreos atravesándolos por su centro. Como los platos inferiores eran más grandes que los superiores, esta "planta" recordaba en cierto modo a un abeto terrestre. Era en realidad el único que conservaba cierto remoto parecido con la vegetación terrestre. El resto de las plantas adoptaban las más variadas y caprichosas formas; unas como abiertas sombrillas; otras como desplegados abanicos llenos de aristas, y muchas otras como abiertas conchas hincadas en la tierra.

Plantas menores en forma de esferas armadas de acerados pinchos o de pulpos invertidos, con los tentáculos al aire, tapizaban el suelo del prodigioso bosque. Otros arbustos trepadores enroscaban sus interminables cintas transparentes a los vástagos de cristal, formando una trama espesa de apariencia frágil. Las plantas más bellas tomaban la forma de caprichosas volutas, como si un gigante carpintero hubiera estado trabajando en el bosque dejando al marcharse gran cantidad de virutas de cristal.

En los auriculares que oprimían sus oídos, Fidel Aznar escuchó las exclamaciones de asombro y los entusiasmados comentarios que hacían las tripulaciones de unos aviones a los otros. El resto de la formación aérea dio alcance al aparato de Fidel. En las negruras insondables del espacio brillaron las líneas quebradas de unos relámpagos. Fidel dio la voz de marcha, y la flota aérea reanudó su vuelo, ahora a una velocidad de 5.000 kilómetros a la hora.

El joven caudillo terrestre había cerrado el conmutador de los "Rayos Z". No quería destruir toda la vía férrea. ¿Quién sabía si no podrían utilizar este material más tarde, cuando hubieran liquidado a la humanidad de silicio? La escuadra volaba hacia el Este, aproximándose por instantes la tempestad eléctrica. Los rayos eran

cada vez más abundantes, No se escuchaba trueno alguno, pero la tempestad se manifestó al poco rato, envolviendo a las "zapatillas" en sendos halos eléctricos. También el bosque de cristal se iluminaba con estos fulgores. Chispas eléctricas de un hermoso azul rodaban sobre los grandes discos de cristal, saltaban de un arbusto a otro o estallaban silenciosamente como burbujas. Todo el bosque iba surgiendo de la oscuridad, envolviéndose en un fantástico resplandor azul eléctrico.

Fidel pudo ver ahora con toda claridad la tierra que se deslizaba vertiginosamente bajo sus plantas. La vía férrea seguía su trazado a través del bosque, cada vez más denso. De la izquierda iba surgiendo un acantilado gris, contra el cual iban a estrellarse con furia altísimas olas. La línea férrea, por lo visto, iba acercándose a la costa. Fidel ganó altura. Aumentaba la extraña fluorescencia eléctrica. El cielo antes negro volvíase de un color lívido. Un dilatado mar se ofreció a los atónitos ojos de Fidel.

La doble vía férrea empezó a correr sobre la línea de la costa. La pantalla del radar ardía en intermitentes ráfagas de luz, la brújula giraba locamente; el halo eléctrico que envolvía al avión aumentaba su luminosidad, hiriendo las retinas de la tripulación. Shima, el ministro de Justicia, mostrábase muy inquieto.

- No temas -le dijo Castillo-. Nada sobrenatural ocurre. La tempestad eléctrica no puede hacernos ningún daño.

Algo surgió del lívido horizonte. Bajo las plantas de Fidel pasaron como una ráfaga edificaciones cuya forma no llegó a precisar. La vía férrea era ahora de cuatro ramales. Fidel disminuyó la velocidad, ordenando por radio al resto de la formación que hiciera otro tanto. De pronto, el profesor Castillo, que había empuñado unos prismáticos, lanzó un grito:

- ¡Atención…, una ciudad!

La flota aérea pasó como un relámpago sobre algo que parecía una estación, con grandes edificios en forma de cúpulas y una red vastísima de raíles sobre los que se movían grandes trenes movidos por locomotoras. Fidel frenó más aún a su aparato. Estaban efectivamente a la vista de una gran ciudad. Ante sus ojos atónitos extendíase una dilatada formación de gigantescas cúpulas. Estas medias esferas formaban calles rectas y llanas, y por las calles se movían muchos vehículos (automóviles eléctricos sin duda), así como muchos hombres de cristal.

La escuadra se inmovilizó a una orden de Fidel, quedando suspendida en el vacío. Parecía haber cundido la alarma entre los fantásticos habitantes de la no menos fantástica ciudad. Los vehículos y las criaturas vivientes movíanse con mayor rapidez.

- Profesor Castillo -dijo Fidel-. ¿Cree que debemos destruir esta ciudad ahora mismo?

- Si no lo hace será un tonto. ¿Espera quizá poder llegar a un acuerdo con las criaturas de silicio?

- ¿Por qué no? Son mucho más inteligentes de cuanto suponíamos, tienen ciudades y viven en sociedad, como nosotros. Tienen una industria organizada que podía prestarnos una gran ayuda, y ni ellos pueden habitar nuestro mundo ni nosotros este suyo. ¿Por qué no vivir en paz y armonía, cada pueblo en el mundo que le es propicio?

- Una hermosa esperanza, señor Aznar, pero irrealizable. Ellos y nosotros somos dos humanidades completamente distintas. Distintas físicamente, orgánicamente, mentalmente y espiritualmente. Recuerde lo que nos ocurrió con los hombres grises. Eran de carbono, como nosotros, y, sin embargo, tan distintos que jamás pudimos llegar a una inteligencia. Llegaron de un remoto planeta con ánimos de conquistar la Tierra, les rechazamos hasta Marte y allí les permitimos cobrar fuerzas. Nos repugnaba aniquilar a quienes considerábamos criaturas de Dios como nosotros, pero ellos no sintieron iguales escrúpulos, nos atacaron... y ya ve usted. Nosotros, los que hemos venido a parar en este planeta, somos todo lo que queda de una humanidad libre y soberana. Lo mismo puede ocurrimos aquí. Lejos de prosperar con el auxilio de una industria que nosotros ya conocemos, podemos vernos destruidos si los hombres de cristal aprenden de nosotros a desintegrar la materia. ¿Cree que si estas criaturas dispusieran de armas atómicas nos permitirían habitar sobre este planeta, a pesar de que el mundo de ellos es éste? Desengáñese, señor Aznar.

Fidel contempló en silencio la ciudad de cristal. Luego se inclinó sobre los mandos y ordenó por el micrófono:

- ¡Atención, comandante, a escuadrilla! Levante las cubiertas protectoras y síganme a través del "radar".

Fidel Aznar apretó un botón en su tablero de instrumentos. Corriéndose sobre sus guías, de delante atrás y de atrás adelante, se deslizó por encima de la cubierta de cristal otra cubierta metálica de "dedona". A continuación encendió la pantalla panorámica de televisión, que era como una larga ventana apaisada delante del piloto.

Las veinte "zapatillas volantes" siguieron al aparato de Fidel describiendo un amplio círculo en el aire.

- Comandante a escuadrilla. Enciendan los proyectores "Zeta" - ordenó Fidel Aznar a través de la radio.

Apretó el botón en el cuadro. De la proa de cada aparato brotaron seis dardos de intensa luz. Ésta terrible arma se basaba en los conocidos rayos "láser". Los fotones excitados salían del proyector dotados de tremenda velocidad. Los Rayos "Z" eran dirigidos automáticamente por "radar" hacia cualquier objeto metálico situado en tierra o en el aire. Cuando un "Rayo Z" golpeaba un objeto de

metal, éste era sometido a una vibración de alta frecuencia. Con una frecuencia más baja el metal se calentaría hasta ponerse incandescente y derretirse, pero el rayo "Z" actuaba con una frecuencia tan alta que no daba tiempo al metal de fundirse. El metal, sometido a una tremenda vibración, rompía la cohesión molecular de su estructura atómica y saltaba convertido en polvo en medio de una tremenda explosión.

La escuadrilla volvía sobre la ciudad de los Hombres de Silicio. Apenas encendidos los proyectores "Z", estos se movieron dirigidos por el "radar" apuntando a todo objeto metálico de cualquier tamaño que se encontrara dentro de su alcance.

Como flamígeras espadas blandieron aquellos brillantes rayos de luz saltando locamente de un lado a otro, entrecruzándose a veces. La ciudad de los Hombres de Silicio saltó literalmente en una hoguera de terribles explosiones acompañadas de deslumbrantes fogonazos. Los incendios se extendían por doquier, demostrando que en aquella atmósfera había oxígeno, y las llamas se comunicaban al reino de silicio, pues como ya habían tenido ocasión de comprobar con los animales esfera, las criaturas de silicio eran muy combustibles y ardían con facilidad.

Girando en una espiral de muerte sobre la ciudad, los 120 proyectores "Z" se movían velozmente cayendo con implacable puntería sobre todo objeto metálico. El ininterrumpido resplandor de los relámpagos, a los que ahora se unía el fulgor de los incendios, mostraban una escena apocalíptica de seres que corrían envueltos en llamas, de edificios que se derrumbaban, de máquinas que saltaban, de vías férreas que ardían en una longitud de centenares de kilómetros, de productos químicos que derramaban lagos de fuego…

- Mira, Shima -dijo el profesor Castillo tomando al Gran Justicia por un hombro-. ¡Mira como son destruidos los espíritus de Tomok

Los mortíferos dardos de fuego estaban buscando ahora objetivos más lejanos, señal evidente de que el radar no encontraba nada nuevo que aniquilar en la ciudad.

- Comandante a escuadrilla -habló Fidel a través de la radio-. Vamos a volar en la dirección que nos indique los proyectores. Destruiremos todo lo que haya que destruir antes de retirarnos.

La escuadrilla voló siguiendo la dirección que señalaban los implacables "Rayos Z".»A su paso ardían estaciones de ferrocarril, industrias, ciudades y bosques.

El profesor Ferrer había predicho que existía una ancha zona de gravedad a ambos lados de la imaginaria línea del Ecuador del planeta en su cara interna, y los hechos demostraron que era una realidad. Toda la vida de silicio se hallaba concentrada en una franja de mil kilómetros a cada lado del Ecuador, donde la fuerza de gravedad

alcanzaba sus máximos valores.

Durante trece horas las "zapatillas volantes" volaron en la oscuridad barriendo con sus mortíferos rayos cuanto objeto metálico encontraban a su paso. Los proyectores quedaron inmóviles después. Ya no tenían blanco contra el que disparar. El Reino de las Tinieblas había sido aniquilado, sus ciudades destruidas, su industria pulverizada.

- Atención. Comandante a escuadrilla - se escuchó la voz de Fidel Aznar a bordo de cada aparato-. Regresamos.

Dos semanas después de la exitosa expedición al Reino de las Tinieblas. Fidel Aznar se encontraba junto a su padre inspeccionando el tendido de la nueva vía férrea entre Nuevo Madrid y la planta eléctrica nuclear, cuando se acercó el piloto del helicóptero.

- Fidel, tu amigo Balmer te llama desde la ciudad.

El joven se dirigió sin prisas hacia el helicóptero. Su naturaleza activa parecía haber sufrido un grave quebranto desde que regresó del Reino de las Tinieblas, si bien sólo sus más íntimo amigos y familiares conocían la verdadera causa de su tristeza.

El aparato de radio estaba encendido y Fidel tomó los auriculares.

- ¡Hola! Soy Fidel. ¿Eres Ricardo?

- Escucha, alguien quiere hablar contigo desde Umbita Aquí, en mi pantalla, tengo una imagen conocida. ¿Recuerdas el aparato de televisión que le regalaste a la princesa Tinné Anoyá? Bueno, pues por ese aparato viene la imagen vía satélite.

- ¿Es la princesa?

- Es el doctor Gracián. -¡Gracián!-exclamó Fidel roncamente-. ¿Es broma?

- Escúchale.

- ¡Salud. Fidel, hijo del Gran Almirante! -resonó la voz alegre del doctor Gracián.

- ¿Es usted realmente, doctor? -exclamó Fidel.

- ¡Pues claro que soy yo, canastos! Le hablo desde Umbita vía satélite.

- ¿Está vivo entonces?

- Por puro milagro, muchacho, por puro milagro. Ha sido una experiencia terrible. La corriente me arrastró hasta una cascada, me vi cayendo un tiempo que me pareció eterno, y luego me engulló un remolino. Me vi golpeado contra un techo de roca..., estaba en un túnel y traté de utilizar la radio, pero es evidente que nadie me escuchó. El río subterráneo me arrastró hasta una gran gruta, donde el río Tenebroso formaba una laguna. Nunca habría salido de aquel lugar, a no ser porque tiempo después empezó a bajar el nivel del agua, el río dejó de manar y quedó al descubierto el túnel por donde el agua me había arrastrado. Por cierto, allí en la playa de la gruta,

entre maderos y canoas destrozadas encontré a una persona conocida…

- ¡Woona! -exclamó Fidel roncamente-. ¿Era Woona?

- Sí, amigo, era ella.

- ¿Estaba…?

- Muy asustada, eso es lo que estaba. Pero viva.

- ¡ Dios mío! ¿Entonces Woona vive?

- También de milagro, muchacho. ¡Una semana tardamos en desandar aquel horrible camino y salir a la luz del día por la Gruta Tenebrosa!

- ¿Donde está ella?

- Pues aquí, conmigo. ¿Donde quieres que esté?

- Por favor, que se ponga al aparato. ¡Woona!

- ¡Fidel! -Se escuchó la voz de la amazona-. Soy yo, tu Woona. ¿Vas a venir a buscarme? ¡Oh, Fidel, que gusto me da oírte! ¿Vendrás a buscarme?

- Estará ahí en un par de horas, Woona…, querida mía. ¡Te amo! Iré a buscarte y me casaré contigo. ¿Me escuchas?

- Sí, sí… Ven pronto, quiero ser tu esposa. No soy inteligente como las mujeres de tu pueblo, ni hermosa ni…

- Eres la más hermosa de las mujeres. ¿Qué sabes tú de eso? Voy a buscarte… voy corriendo.

El traqueteo de las palas del rotor hizo volverse al Almirante Aznar. El helicóptero aceleró el giro de su rotor mientras el piloto corría y se encaramaba a la portezuela abierta.

- ¡Ey, esperen! -rugió el Almirante-. ¿Se han vuelto locos? ¿Como se van y me dejan?

- Fidel no le escuchaba. Con los ojos húmedos de felicidad empuñaba los mandos del aparato viendo deslizarse bajo sus pies el caudal del Río Grande.

Media hora después partía en una "zapatilla volante" hacia el Reino de Saar.

FIN